

BOULEVARD BRUNO
PUNTO
ROJO

LA ULTIMA PAYASADA

Lou Carrigan



LOU CARRIGAN

La última payasada

Colección LA HUELLA nº 4. Bruguera – jul/1974

Colección PUNTO ROJO nº 857. Bruguera – sept/1978

PRELUDIO

Alice Fitzgerald no sabía si echarse a llorar o a gritar de rabia. Miró una vez más, el reloj de pared, una auténtica joya que adornaba su saloncito privado en la magnífica villa sita en Milview Circle, Tampa, Florida.

Las ocho y diez.

¡Las ocho y diez, y James sin regresar a casa!

Puso las manos en las ruedas del sillón, y las hizo girar, desplazándose hacia la salida a la terraza, con cierta dificultad, debido a los tirantes de cuero y las piezas metálicas que la mantenían rígida. Desde la cintura hasta el cuello estaba como metida en una jaula de cuero y de acero, que, según el médico, era lo único que podía salvar su vida..., con tiempo y paciencia.

Al pasar, se vio de reojo en el espejo de recargada cornucopia. Se detuvo, y se miró allí. Una momia. Una auténtica momia. Tenía cuarenta años y, ciertamente, todavía era bonita. Pero, por muy hermoso que fuese un rostro, la visión de todos aquellos atalajes era suficiente para que cualquier hombre se sintiese, cuando menos, impresionado, y, sobre todo, incapaz de experimentar cualquier sentimiento de atracción hacia ella.

Y eso debía ocurrirle a James, su marido. Seguramente, a aquellas horas debía estar en alguna parte, divirtiéndose, quizá con algún amigo, pero, más probablemente, con alguna muchacha, joven, y que, por supuesto, no estaría metida en una especie de jaula de cintura para arriba...

«Maldito caballo... —pensó Alice—. ¡Y malditos los que no me dejaron matarlo después de lo que me hizo!»

En realidad, Alice Fitzgerald era injusta. El caballo no había tenido la culpa, sino ella. Había querido aprender a montar, y, siempre soberbia, orgullosa, despectiva con todos, desoyó los consejos del instructor del picadero, y se lanzó a cabalgar sola convencida de que no necesitaba indicaciones de nadie. ¡Montar a caballo era tan fácil...! Cuando recuperó el conocimiento, estaba en una clínica. Y ahora, tres meses más tarde, seguía llevando aquellos malditos hierros, aquellas malditas correas de cuero, que le impedían incluso volver la cabeza... Una momia, eso era.

Apretó los labios y siguió haciendo girar las ruedas. Llegó ante la doble puerta-ventana que daba a la terraza, y la abrió con no poco esfuerzo realizado al inclinarse hacia delante. Era una tortura horrible. Se dedicó a contemplar el mar, bañado por la luna. Vivía en Pensacola Beach, un lugar desde el cual debía verse todo hermoso y lleno de vida. Entre la casa y el mar, había un hermoso jardín, con piscina, lleno de flores, cuyo aroma llegaba hasta ella... Por un instante llegó a

olvidarse de todo ante la visión del mar, y la fragancia de las flores... Pero en seguida volvió a pensar en James, y en su retraso. Y pensó en los amigos de ambos. Y en los empleados de la Fitzgerald & Beecher Jewelry, y en el socio, Tony Beecher... Al principio, cuando de la clínica regresó a casa, todos acudían a verla con frecuencia, se interesaban por su estado, decían que sí, que el caballo había tenido la culpa de todo, por tirarla, no ella por no saber montar lo suficiente para intentar lo que intentó. Claro, el caballo era el culpable, no faltaría más... Y ella, en lugar de agradecer aquellas visitas, había enfocado las cosas de tal modo que todos dejaron de visitarla, unos dolidos, otros ofendidos, otros irritados, y no pocos incluso encolerizados por las cosas que les decía...

Pero el peor de todos era James, su marido... ¡El muy canalla! Los demás podían odiarla, si querían, pero él tenía que estar allí, no podía dejar de verla, porque aquélla era su casa, y ella era su mujer, y, además, tenían que...

Oyó la llegada del coche, y suspiró hondo. Vio pasar por el sendero el vehículo, hacia el garaje. Es decir, vio las luces, solamente, pero había bastante. ¡Por fin regresaba el muy canalla!

Pero, cinco minutos más tarde, James no había aparecido por el saloncito, así que Alice dio la vuelta a su silla de ruedas, y fue a tirar del cordón de llamada al servicio.

La pacienzuda Evelyn, su doncella, apareció a los pocos segundos, y Alice no le dio tiempo ni a preguntar.

—¿Qué hace mi marido? —gritó—. ¿Por qué no viene?

—Él no ha regresado aún a casa, señora.

—¿Cómo que no ha regresado? ¡He visto el coche!

—Sí, señora, pero era Charly, que ha regresado solo. El señor se lo ordenó así.

—¿Y adonde ha ido el señor?

—No lo sé, señora.

—¡Pero Charly sí debe saberlo! ¡Dile que venga inmediatamente!

—Sí, señora. Evelyn fue en busca de Charly, que entró en el saloncito poco menos que aterrado.

—¡Eres un puerco! —le gritó Alice—. ¡Te voy a despedir, y escribiré tales referencias de ti que jamás podrás volver a encontrar trabajo!

—Pero, señora...

—¡Todos sois unos puercos! ¡Todos me odiáis, lo sé!

—No... No, señora, le..., le juro...

—¡No jures, no blasfemes! ¡Y dime inmediatamente adonde ha ido mi marido!

Charly pensó rápidamente en su situación. La verdad era que el señor no admitía bromas, pero era mil veces más razonable que la señora. Con el señor se podía dialogar, razonar. Con la señora, no.

—Bueno... —murmuró—. Veníamos hacia casa, un poco tarde, porque el señor había tenido mucho trabajo, y... Bien, veníamos hacia aquí y, de pronto, el señor me dijo que parase el coche, y se apeó. Me dijo que viniese a casa, y eso es todo, señora.

—Se encontró con alguien, ¿verdad? —chilló Alice.

—No lo sé, señora. Yo..., yo-yo-yo le vi entrar en un bar, y eso es todo lo que sé.

—¡En un bar! ¡Debía esperarle alguien allí!

Charly y Evelyn adoptaron la táctica del silencio. Cada vez que estallaba una de aquellas tormentas hacían lo mismo. Era lo único que se podía hacer. O eso, o marcharse de la casa. Y, ¿por qué marcharse de una casa donde, por lo demás, se estaba estupendamente y gozaban de un espléndido sueldo?

—¡Todos sois cómplices de él! ¿Qué creéis? ¿Que vivo en la Luna? ¡Pues no es así, os aseguro que lo sé todo, todo...! ¡Pero ya os arreglaré las cuentas a todos juntos! ¡Largo...! ¡Largo de aquí, puercos! Esta era la orden que más le gustaba a los criados en labios de Alice Fitzgerald, y la que jamás se hacían repetir. Así que Evelyn y Charly salieron del saloncito a escape, dejando nuevamente sola a Alice.

Durante un par de minutos, ella permaneció inmóvil, como ahogada en su propia rabia. ¡Vaya si los iba a hundir a todos los que estaban confabulados!

Furiosamente, volvió a mover las ruedas del sillón, y salió a la terraza. La brisa del mar, suavemente fresca, la alivió un poco del tremendo sofoco rabioso que la había congestionado. Se fue calmando, y acabó por suspirar profundamente. Movié las ruedas, desplazándose fuera de la terraza de brillantes mosaicos, y llegó al jardín, acercándose a uno de los arbustos de flores. Cortó una, y la olió.

Justo entonces, oyó detrás el ruidito, el leve crujir de la bien cuidada y regada tierra del senderillo que se cruzaba y recruzaba en la zona ajardinada. Puso las manos en las ruedas, para dar la vuelta al sillón, pero éste no se movió; alguien lo estaba impidiendo.

—¿Quién es? —Preguntó Alice—. ¿Quién está detrás de mí?

Intentó de nuevo mover la silla, pero no lo consiguió. Quiso entonces volver la cabeza, y eso fue todavía más imposible. Estaba metida en aquel maldito y férreo corsé cuya misión era mantener unidos sus huesos, salvarle la vida cuando menos... —¿Qui...? —empezó a gritar. Algo pasó por delante de sus ojos, y llegó hasta su boca. Una mano. Y por detrás, otra mano rodeó su garganta, inmovilizándola contra el respaldo de la silla de ruedas. La mano que tapaba su boca sostenía algo... Algo blando y húmedo. Tardó muy poco en saber lo que era, y sus ojos se desorbitaron. No podía gritar, no podía moverse, no podía hacer nada...

Nada.

Nada, salvo aspirar aquella gasa o lo que fuese, empapada en cloroformo. Intentó debatirse, pero era demasiado fuerza contra ella: aquellos brazos, el corsé de cuero y acero, su debilidad física... Comenzó a agitar las piernas, y uno de los zapatos saltó por el aire. Movi6 un poco m6s las piernas... Muy poco m6s. Finalmente, qued6 inm6vil.

La tierra esponjosa y suave del senderillo volvi6 a crujir levemente. Una mano cogi6 el zapato, y se lo puso a Alice. Luego, dos manos se apoyaron en el respaldo del sill6n, y lo empujaron, hacia la piscina...

CAPÍTULO PRIMERO

Adam Marquand era un hombre alto y fornido, de unos sesenta años. Todavía atractivo con sus blancos cabellos, su rostro viril, agradable, aunque un tanto duro, hosco. Era propietario de unos estupendos astilleros, un yate fabuloso, una quinta sensacional en el 980 de Olive Boulevard, y de una cuenta corriente cuyo último saldo se acercaba a los seis millones de dólares.

Pero no todo puede ser perfecto en esta vida. Cada persona, por bien que lo esté pasando, tiene siempre algo que le impide gozar de una auténtica y total felicidad. Siempre hay ese pequeño puntito negro, eso que nos hace decir: «Pero...»

Y el millonario Adam Marquand no era la excepción. Tenía todo cuanto quería. Pero...

En aquellos momentos, las ocho y media de la mañana (una soleada, luminosa, cálida, bella, agradabilísima mañana), Marquand estaba que se lo llevaban todos los demonios. Sentado ante la mesa de su despacho privado, su congestionado rostro indicaba bien a las claras que le importaban un pepino el hermoso día, el formidable jardín visible desde la gran puerta-ventana del despacho, los astilleros, el yate, los seis millones de dólares, y... ¡y todo!

—¡Y también de vosotras estoy harto! —gritó—. ¡Más que harto! ¡Me tenéis hasta las narices!

Ante él, al otro lado de la mesa, de pie, las dos ancianas le contemplaban cariñosamente, en absoluto impresionadas por uno más de los estallidos de cólera de su hermano menor. Eran dos ancianas encantadoras, de rostro dulce, ojos claros, sonrisa celestial, vestidas siempre con elegancia que parecía severa, pero con una notita de sorprendente y no poco divertida coquetería.

—Vamos, Adam, querido —dijo una de ellas—; te estás disgustando por nada. Ya verás...

—¿Cómo por nada? —aulló Adam Marquand—. ¡Estamos hablando de un millón de dólares!

—Oh, no... —dijo la anciana segunda—. ¿De verdad consideras perdido ese dinero, querido?

—¡Naturalmente!

—Bueno... —reflexionó la otra—. De todos modos, aún nos quedará dinero para seguir viviendo, ¿verdad?

Adam Marquand volvió a enrojecer.

—¿Has dicho nos quedará? —estalló—. ¡Oh, claro, pero si vosotras también vivís a mi costa, lo había olvidado! Cada mes, os lleváis un buen pico del dinero que gano yo, y os dedicáis a buenas obras, la principal de las cuales es vivir como dos reinas...

—No querrás que tus hermanas vivan como pordioseras teniendo tú

tanto dinero, ¿verdad? —abrió mucho los ojos la anciana de más edad. Aunque no era fácil apreciar la diferencia entre ambas, desde luego.

—Claro que él no quiere eso —movió la cabeza la otra—. Lo que le pasa ahora es que está disgustadillo por...

—¡Disgustadillo! —bramó Adam—. ¡Por el amor de Dios, os estoy diciendo que he perdido un millón de dólares, y decís que estoy disgustadillo! ¡Estoy que muerdo! Eso es... Estoy que muerdo. ¡Y todo por culpa de ese vago, ese cretino sinvergüenza, ese inútil, ese golfo...!

—¡Buenos días! —saludó una alegre voz procedente de la puerta-ventana que daba al jardín—. ¿Estás hablando de mí, papá? Hola, querida tía Polly. Hola, querida tía Sally. ¡Guapas!

Las dos ancianas emitieron un delicioso grito, y corrieron hacia el recién llegado, que abrió los brazos, dejando caer al suelo un paquete envuelto en papeles de periódico, y que resonó con fuerza contra el suelo.

—¡Mike, queridito! —gritó tía Sally.

—¡Por fin has vuelto, amorcito! —exclamó tía Polly.

Mike Marquand se dejó abrazar y besuquear por las dos, y luego separó los brazos, doblados, y con los puños cerrados hacia arriba.

—¡A ver cuál de las dos está más fuerte esta mañana! —lanzó el desafío.

Tía Sally y tía Polly, riendo, rodearon con sus manitas delicadísimas cada una un brazo de Mike, haciendo intentos por colgarse de él. Pero ya, el solo hecho de querer abarcar con sus manos los bíceps de Mike Marquand era toda una proeza. Al tensarlos, las mangas de la sucia chaqueta se hincharon, como a punto de estallar, lo cual arrancó grititos de entusiasmo a las dos ancianas...

Contemplar a Mike Marquand era en verdad todo un auténtico espectáculo. Medía casi metro noventa, y parecía que el único objetivo de su vida había sido acumular músculos sobre una anatomía imponente. Llevaba los cabellos rubios muy largos, como unas eternas greñas escalofriantemente simpáticas. No menos simpáticas que la expresión toda de su bronceado rostro, en el que destacaban los ojos, gris claro. Desde muy chiquitín, tía Sally y tía Polly se lo habían dicho millones de veces.

—¡Eres tan guapo, Mike!

Con el tiempo, eso mismo se lo decían a Mike Marquand cierto sector del elemento femenino mundial que no tenía nada que ver con sus tías. Especialmente, en lo de la edad.

—¡Eres tan guapo, Mike! —le arrullaban.

Y lo más cargante de todo es que era verdad.

Pero...

Pero además de un atleta guapísimo, Mike Marquand era un cochino.

O lo parecía. Siempre iba desgredado, se afeitaba cuando no tenía otra cosa que hacer, y, a pesar de tener un armario lleno de trajes que el buen Edward cuidaba con elogiado esmero, iba siempre vestido como si sólo pudiera disponer de un traje cada veinte años. Lo cual no impedía que el elemento femenino siguiera exclamando jubilosamente:

—¡Eres tan guapo, Mike!

Adam Marquand, que se había puesto en pie, contemplaba, como al borde del infarto, a sus hermanas, jugando con aquel gigante, intentando ser «la campeona del día»... Y Adam Marquand ya no pudo aguantar más.

—¡¡¡Mike!!! —rugió.

Tía Sally y tía Polly dejaron de intentar colgarse de los bíceps de su niño mimado, el cual miró apaciblemente al autor de sus días..., y de sus numerosas noches de juerga.

—Hola, papá... —sonrió—. ¿Cómo estáis tú y Chacopec?

—¡Estamos muy mal!

Mike movió la cabeza, con visible gesto de pesadumbre. Se acercó al sitio de honor del despacho, donde estaba Chacopec..., sobre un pedestal del más puro, blanco y caro mármol de Virginia. Chacopec era, simplemente, el busto de un indio sudamericano, con su gran gorro adornado de plumas y objetos de oro. Era un busto impresionante hecho en arcilla, y la majestuosidad de Chacopec estaba fuera de toda duda, con su rostro enérgico, facciones nobles, mirada de águila... Hacía años que papá Marquand había hecho de Chacopec el ejemplo por el cual valía la pena vivir. No es que lo adorase, ni mucho menos, pero siempre ponía, como ejemplo de lo que tiene que ser la vida, a Chacopec, el dios inca de la laboriosidad. Nada menos que de la laboriosidad. Adam Marquand sentía tal veneración hacia la laboriosidad que, basado en ciertas informaciones sobre Chacopec, había hecho modelar aquel busto, para que ocupase el lugar preferente de su despacho domiciliario.

Y lo que son las cosas: pocos días antes se había enterado de que, en una joyería de Tampa, la Fitzgerald & Beecher, había una estatuilla de Chacopec, en oro macizo y esmeraldas, ¡de genuina fabricación incaya!, esto es, una efigie auténtica realizada por los propios incayas hacía más de seiscientos años. ¿Precio de Chacopec en oro, en genuina fabricación incaya?: un millón de dólares. Sí, sí, sí: un millón de dólares, tras cierta subasta artística en la que, como suele decirse, habían habido bofetadas. La subasta la ganó Adam Marquand, naturalmente, pues no iba a permitir que otra persona, o cualquier estúpido museo, dispusiera del ejemplo de lo que era su vida. Así que fue el mejor postor en aquella subasta de la Fitzgerald & Beecher Jewelry, que se reservó a Chacopec unos días para seguir

exponiéndolo.

Y justo cuando tenía que haber ido a recogerlo la tarde anterior, ¡zas!, papá Marquand había sido víctima de un fulminante ataque de gota, así que había cometido la barbaridad de enviar a su hijo a buscar al Chacopec en oro y esmeraldas.

Pero eso había sido la tarde anterior. Ahora, quince horas más tarde, Mike Marquand aparecía, sucio y greñado, y se dedicaba a jugar con sus tías...

En aquel momento de los pensamientos de papá Marquand, Marquand júnior se detenía delante de la efigie de Chacopec en arcilla, se lo quedaba mirando, y, de pronto, se llevaba la mano a la boca, con los dedos índice y pulgar formando un círculo y los otros tres estirados.

—Chacopec —dijo—: ¡prrrrtttt!

Y después de hacerle la pedorreta, se quedó tan tranquilo, buscando cigarrillos por sus bolsillos. Tía Sally y tía Polly habían palidecido, horrorizadas, y miraban a su hermano menor, Adam, que parecía petrificado, y estaba lívido, como a punto de desmayarse, totalmente incapacitado para reaccionar.

Mike no encontró cigarrillos en sus bolsillos, así que se acercó a la mesa de su padre, abrió la caja, tomó un cigarrillo y lo encendió.

—Quería hablar seriamente contigo, papá —dijo—, pero si no te sientes bien, lo dejaremos para otro momento. ¿Quieres que avise al doctor Follingsbee, como ayer? ¿Qué tal tu pie, de verdad?

Adam se dejó caer de nuevo en el sillón, y miró su pie profusamente vendado. Estaba como alucinado cuando volvió a mirar a su hijo.

—¿Has dicho que querías hablar conmigo seriamente? —tartamudeó.

—Sí, papá. Pero si no estás bien, esperar...

—¡No! —gritó Adam—. ¡No pienso retrasar un momento histórico como éste por nada! ¡Mi hijo hablando seriamente conmigo, santo Dios...! Mike, muchacho..., ¡por fin! Mira, no hace falta que me des explicaciones, quiero ahorrarte eso. ¿Quieres trabajar?

Se quedó mirándolo expectante, casi asustado por lo que él mismo había dicho. ¿Trabajar Mike...? ¡Dios bendito!

—Sí, papá.

—Alabados sean los cielos... Bien... Vaya, nos encontramos ahora con que no habrá sido inútil el tiempo y el esfuerzo gastado en tu carrera de ingeniero naval. Nunca sobra un ingeniero naval en unos astilleros, ¿verdad? —el rostro de Adam Marquand resplandecía, era ahora amable, jubiloso, había rejuvenecido, y parecía casi tan simpático como el de Mike—. Naturalmente, ser hijo mío te va a facilitar mucho las cosas, pero me gustaría que empezases trabajando en los astilleros desde un puesto modesto... ¿Te molestará eso, hijo mío?

—La verdad, sí, papá.

—Ah. Bien... Bueno, miraremos de enfocarlo de otro modo. Lo

importante es que quieras empezar a trabajar. Dime: ¿qué te gustaría hacer, para empezar?

—Quiero ser payaso.

Un par de diminutas bombas estallaron en los oídos de Adam Marquand. O al menos, eso le pareció a él. La cabeza pareció estremecerse, casi saltar de sus hombros. Cuando de nuevo consideró que la tenía en su sitio, preguntó:

—¿Qué quieres ser...? ¿Qué?

—Payaso. Precisamente, hay ahora una compañía de cómicos en Washington Square, y había pensado...

—Mike... —tartamudeó Adam—. Mike, hijo mío; no estás hablando en serio, ¿verdad?

—Oh, sí. Muy en serio, papá. Verás: a mí me gusta ver a la gente sonriendo siempre. En especial, me gusta ver...

—No digas nada más... —suspiró Adam—. Está bien, ha sido una de tus estupendas bromas. Y hasta la voy a reír: ja, ja, ja, ja. ¿Ves? Ya me he reído. Y ahora, puesto que todo parece seguir igual que ayer, hablemos en serio. ¿Recogiste a Chacopec?

—Deberías escuchar al muchacho —intervino tía Polly—. Él tiene derecho a que le escuches, Adam.

—El muchacho —dijo con aterradora amabilidad Adam—, ha cumplido treinta y dos añitos hace unos meses, tiene una estupenda carrera, es inteligente, está perfectamente dotado para un trabajo útil, y mi opinión...

—¿Y la mía? —cortó Mike.

—¿Qué?

—Mi opinión, papá. ¿No te interesa?

—No. ¿Dónde está Chacopec?

Mike fue adonde había dejado caer el paquete envuelto en periódicos, lo recogió, y lo dejó sobre la mesa de su padre, que lo contempló horrorizado.

—¿Traes a Chacopec... ahí?

—Claro. Lo envolví.

—¡Lo envolviste! ¡Un millón de dólares envueltos en papeles sucios de periódico! Dios mío, Dios mío... ¿Por qué no me lo trajiste anoche?

—Oh, me olvidé. Lo llevaba en el coche, pero me encontré con unos amigos, y fuimos por ahí a divertirnos un poco. Me contaron un chiste estupendo. Verás: una hormiga que...

—Mike: ¿has estado... toda la noche por ahí... llevando a Chacopec en tu coche... envuelto en periódicos?

—Sí, claro.

Adam Marquand sacó el pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta, y se lo iba a pasar por la frente, pero el pañuelo escapó de sus crispados dedos, y cayó al suelo por entre sus piernas. Mike se

apresuró a auxiliar a su padre, al ver que iba a recogerlo.

—Déjalo, papá; toma el mío.

Metió la mano en el bolsillo, y sacó una prenda, que quedó colgando ante los desorbitados ojos de Adam Marquand, mientras tía Sally y tía Polly lanzaban unos divertidísimos gritos. Mike miró el «pañuelo», y su boca se abrió en un gesto de psmo.

—¡Caray! —exclamó—. ¿De dónde sale esto?

Se quedó mirando los sujetadores femeninos que sostenía, y de pronto los guardó precipitadamente, diciendo:

—Je, je... Son de una amiga. Verás lo que pasó...

—No me interesa lo que pasó —dijo Adam, con un hilo de voz.

—Bueno, es que eso que estás pensando no...

—No quiero pensar nada. Y no quiero que cuentes nada habiendo señoritas delante.

Señaló a sus hermanas, que fruncieron el ceño.

—No eres muy delicado, Adam —dijo tía Polly—. ¿Por qué siempre nos recuerdas que somos solteras?

—No, no... —respingó Adam Marquand—. No he querido decir eso, Polly. Es que las historias que cuenta Mike...

—Hablando de historias —sonrió Mike—, os contaré la de la hormiga. Adoradas tías, preparadas para reír. Veréis: iba una hormiguita por la selva, caminando muy despacio, porque era muy, muy viejecita y achacosa... Por lo menos tenía ya noventa y nueve años. Y de pronto..., ¿a quién diréis que ve caminando por la selva en dirección a ella?

—¡A Tarzán! —rió tía Sally.

—No, no, no... Frío, frío. Pues ve, acercándosele por el camino, a «Popi», el hijo de madame «Popita», la gran elefanta, que es muy amiga de la hormiguita. Un elefantito muy gordo y sanote, que camina ya haciendo atronar la selva con sus patatas tiernas todavía: pom, pom, pom, pom, camina... Y caminando, caminando, ambos se encuentran y cuando se cruzan..., ¿qué diréis que le dice la hormiguita a «Popi», mirando hacia arriba, muy hacia arriba?

—¿Qué? ¿Qué, qué, qué...? —gritó tía Sally.

—¡Oh, vamos, Mike, dínoslo ya! —exclamó tía Polly.

—Pues le dice: «Adiós, chiquitín».

Las dos encantadoras ancianas se quedaron como si las hubiese alcanzado un rayo. De pronto, comenzaron a reír, a reír, a reír..., contempladas por Adam, que había fruncido el ceño una vez más.

—Pues yo no le veo la gracia —dijo.

—Papá, ¿no lo entiendes? Imagínate a una hormiguita, así de pequeñita, que se cruza con un elefantito que pesa cien millones de veces lo que pesa ella, y ella le dice: «Adiós, chiquitín»...

¿Comprendes, papá?

—¿Es obligatorio reír? —masculló Adam.

Mike Marquand bajó la cabeza, y murmuró:

—No, papá, no es obligatorio. ¿Me necesitas para algo?

—He podido arreglármelas hasta ahora sin tu valiosa ayuda, gracioso.

—¡No tienes que contestarle así al muchacho! —se encrespó tía Polly

—. ¡Su intención era buena, y tú sólo has...!

—Déjalo, tía Polly —la miró Mike—. Algún día entenderá.

—¿Qué es lo que entenderé? —gruñó Adam.

—Pues que hay personas que se dedican exclusivamente a ganar dinero, y personas que se dedican a hacer reír a los demás, y les hacen sentirse felices aunque sólo sea por unos minutos. Voy a darme un baño y a ponerme otro traje.

—Pediré a la Casa Blanca que te concedan la medalla al valor por esa heroicidad —aseguró cáusticamente Adam Marquand.

—Estupendo... —sonrió Mike—. ¿Te das cuenta? Sin querer, tú también has hecho un chiste. Chacopec —se volvió hacia el busto en arcilla—: ¡pprrrrttt!

Salió del despacho... y casi se dio de narices con Edward Trask, su personalísimo ayuda de cámara, que estaba haciendo esfuerzos por no reír. Era un vejete de lo más simpático, con cara de granuja.

—Aja, ¡te pillé! —dijo Mike—. Conque escuchando, ¿eh?

—Sí, señorito Mike. ¡Buen chiste el de la hormiguita!

—¿Verdad que sí? —sonrió Mike.

—Ya lo creo, señorito Mike.

—Oye, ¿qué es eso de señorito?

—Es por si alguien nos oye, Mike.

—¿Y a nosotros qué demonios nos importa eso?

—Bueno...

—Eddy —Mike pasó un brazo por los flacos hombros de su ayuda de cámara—, en primer lugar, tú fuiste quien me enseñó a caminar, y entonces, como soy agradecido, pues eso. En segundo lugar, si siempre estás temiendo que los demás oigan lo que dices, las vas a pasar moradas. En tercer lugar, hoy voy a bañarme y ponerme otro traje, así que hay mucho trabajo por delante...

—¡Ya lo creo! —rió Edward Trask.

—Pues eso. ¿Muchas llamadas?

—Oh, como siempre, Mike —caminaban ambos hacia la sensacional escalera de mármol que llevaba al piso superior—. Alrededor de una docena. Llamó la señorita Peggy; luego, la señorita Stanton-Hayden, más estirada ella que nunca; después, la señorita Andrepo... Anpodro... Bueno, esa griega. Luego, la señ...

—¡¡¡Mike!!! —hizo temblar toda la casa el grito de Adam Marquand.

Trask dio tal respingo que se habría caído escaleras abajo si Mike no le hubiese llevado abrazado por los hombros. En cuanto a Mike, dio la

vuelta, se lanzó escaleras abajo, y entró en el despacho de su padre, todavía sobresaltado, temiendo que hubiese sucedido algo terrible. Y así debía ser, porque Adam Marquand, de pie, señalaba la estatuilla en oro y esmeraldas de Chacopec, el dios de la laboriosidad, todavía descansando sobre papeles sucios de periódico. La mano de Adam temblaba tanto que Mike se acercó y la sujetó, mientras tía Sally y tía Polly parecían incapaces de reaccionar, paralizadas por el espanto.

—Papá, cálmate... —suplicó Mike—. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? ¡Voy a llamar...!

—Mike... ¡Mike, es falso!

—¿Qué es falso, papá?

—Eso... esa cosa... no es el genuino, el auténtico... el verdadero Chacopec... ¡No es el ídolo por el que pagué un millón de dólares!

Mike Marquand parpadeó, como si no hubiera entendido. Cogió la estatuilla, la miró, le dio vueltas entre sus grandes manos, como si fuese una pelota de rugby a punto de ser lanzada y, por fin, sonrió de un modo que asustó a tía Sally y a tía Polly.

—¿Qué te parece? —susurró—. Supongo que eso quiere decir que alguien ha querido dársela con queso a tu hijo, ¿no, papá?

—Es falso... —gemía Adam—. ¡Es falso!

—Pues entonces, con más motivo; Chacopec: ¡prrrrrtt!

CAPÍTULO II

Roy M. Ford vivía de lo más satisfecho de la vida, generalmente. Era un hombrecillo insignificante, al que nadie miraría ni siquiera una vez, pero él había sabido abrirse camino, hasta, finalmente, llegar a ser el primer dependiente de la Fitzgerald & Beecher Jewelry, nada menos. Para un hombrecillo como él, que debía llevar corbata de lazo incluso para dormir, aquello era el no va más de la suerte.

Y aquella mañana, aunque estaba bastante consternado por la terrible noticia, estaba también, ¡cómo no!, perfectamente dispuesto a ser exquisitamente amable con los clientes, entre los cuales tenía una bien ganada fama de atento y servicial. Cosa esta que incluso los adinerados clientes de la Fitzgerald & Beecher sabían apreciar.

Así que, cuando a eso de las once, apareció el gigante de los rubios cabellos, míster Ford hizo una seña a los otros tres empleados de que se estuviesen quietecitos, que allí estaba él, y se colocó tras el mostrador luciendo la más servicial de sus sonrisas. Sí, era bueno sonreír, no sólo por las consideraciones anteriores, sino porque ya conocía de la tarde anterior al gigante que ahora aparecía inmaculadamente limpio, peinado y afeitado..., y llevando en una mano a Chacopec, como si fuese un melón podrido...

—Ah, señor Marquand... —sonrió míster Ford, mirando brevísimamente a Chacopec—, ¿otra vez por aquí?

Mike Marquand dejó el ídolo sobre el grueso cristal del mostrador, bajo el cual refulgían hermosísimas joyas, y se inclinó confidencialmente hacia Ford.

—Escuche —dijo—, ¿cómo se llama usted?

—Ford... Míster Ford, para servirle.

—Estupendo. ¿Y su nombre?

—Roy... Roy M. Ford.

—Amigo Roy —sonrió Mike, pasándole una mano por el pescuezo, y atrayéndole cariñosamente—, voy a contarle una pequeña historia familiar, que espero no divulgue.

—No... No, señor, no. Soy muy discreto...

—¡Magnífico, Roy! Mire, yo soy lo que llaman un hijo de papá y mamá, ¿usted entiende? Mi madre, a la que estoy seguro admitieron en el cielo inmediatamente, hace de eso unos dieciocho años, era una mujer adorable. La recuerdo perfectamente... Era rubia, tenía los ojos azules y jamás..., fíjese bien, jamás he conocido a ninguna persona que fuese tan bondadosa, amable y simpática como ella. No sé si puede usted imaginarse lo que ocurrió en mi casa cuando ella falleció. Mi padre estaba loco por ella. Y mis tías, Polly y Sally, y todo el servicio, los amigos... En cuanto a mí, ¿para qué contarle, Roy? Jamás podré olvidarla. Ni olvidaré algunas conversaciones que tuvimos ella y

yo, en su cuarto, cuando yacía en la cama, enferma... «Mike, hijo mío, me decía siempre, sé bueno, sé noble con tus semejantes; no les causes nunca tristeza, ni dolor, ni los humilles... Sé amable, hazles reír, enséñales el lado bueno de la vida, ayuda a quien te necesite... La vida, Mike, decía mi madre, es de todos y para todos. Sé generoso, ayuda a los demás, y así serás feliz, y los demás también lo serán. Hijo mío, por Dios te lo pido: sé bueno, generoso y amable.» ¿Qué le parece esto, Roy?

—Pues... Bueno, señor Marquand —carraspeó Ford—, yo diría que su madre era una persona bondadosa y admirable.

—Muchas gracias, Roy. Así era mi madre, en efecto. Yo soy o procuro ser igualito que ella... A lo mejor, luego hasta le cuento un chiste, y nos reímos divertidos por las bromas de la vida. Pero antes, le voy a hablar de mi padre. Es un tipo duro, ¿sabe? No es que sea malo, no... ¡Nada de eso! Pero... ¡caramba!, es un hueso, ¿me comprende? Es un luchador, no admite imposiciones de nadie, trabaja más que el presidente de los Estados Unidos, lucha, lucha, lucha... Si los demás corresponden todo va bien, resulta casi tan bueno como mi madre. Pero... ¡ah, querido Roy, si viese usted a mi padre cuando los demás no corresponden! Es una fiera. De verdad: una fiera... En cierta ocasión, un obrero de nuestros astilleros le tomó inquina, y se dedicó a hacer sabotajes durante la construcción de un barco que nos habían pedido. Le aseguro que el obrero no tenía razón: sólo envidia, odio, yo qué sé... Pues bien: un día, mi padre, que estaba ya más que mosca, descubrió al pillastre en pleno sabotaje... ¿Sabe qué hizo mi padre, Roy?

—No... No sé... ¿Llamó a la policía?

—¿Para qué, si mi padre es casi tan alto como yo, y seguramente más fuerte? No, señor, no avisó a la policía. Se fue para el fulano aquel, y le dijo: «Gobbling, tengo un recado para usted... ¿Quiere venir conmigo al almacén pequeño, por favor?» El tipo se fue allá con él, papá cerró la puerta y le dijo: «Ahora, veamos si puede sabotearme a mí, Gobbling»... Mientras decía esto, papá se subía las mangas de la camisa. Bueno: pues cuando se las bajó, el señor Gobbling estaba..., ¿cómo le diría yo?..., esparcido por el almacén pequeño.

—¿Es... espar...cido?

—Esparcido, desparramado, distribuido por el almacén. Y ahora, Roy, viene el final del cuento: yo procuro ser siempre como mi madre, pero, claro está, también soy hijo de mi padre, y, fíjese, resulta que cuando abusan de mi buena fe, me enfado. Me enfado tanto, amigo Roy, que podría... esparcir a unos cuantos hombres con unos pocos mamporros, y convertir esta bonita y lujosa joyería en un vertedero de basuras en pocos segundos... Vamos, que si por ejemplo yo me enfadase con usted y la joyería en general, me parecería muchísimo

más a mi padre que a mi madre. ¿Usted sabe lo que es el karate, Roy?
—Sí... Sí, señor. Es... una lucha oriental que..., que es muy peligrosa...

—Ajajá. Y resulta que como yo siempre tengo mucho tiempo libre, he pasado unos años yendo con regularidad a aprender esa cosita. Soy tercer dan de karate, imagínese. Con sólo mis manos, puedo derribar incluso esa pared... ¿Quiere verlo?

—No... ¡No, señor, no!

—Bueno. Pero sí ve usted a Chacopec, ¿verdad? —señaló el ídolo Mike.

—Oh, sí... Sí, señor, por supuesto.

—Pues es falso, A mí me encantan las bromas, se lo juro, pero mi padre tiene otra visión del asunto. Si me entrega al verdadero dios de la laboriosidad, le contaré el chiste, me iré y tan amigos. Si no me lo entrega...

Mike Marquand movió la cabeza, soltó el pescuezo de Roy M. Ford, y puso las manos, grandes, nudosas, encallecidas por el entrenamiento con el *makiwara*, sobre el mostrador de cristal, sin dejar de mirar a «su amigo» Ford, que estaba pálido, desencajado el rostro.

—Se... señor Marquand, debe..., debe estar usted en un error. La Fitzgerald & Beecher Jewelry no..., no vende... objetos falsos jamás...

—Naturalmente: que no, Roy. Ha sido una broma. ¡Lo que me voy a reír esta noche contándosela a mis admiradoras...! Pero el buen gusto aconseja terminar con las bromas en el momento oportuno, ¿no le parece?

—Se... señor Marquand, yo..., yo sólo soy un dependiente...

—Entiendo. Bueno, pues que salgan Fitzgerald & Beecher a terminar con la broma.

—No..., no están... Los dos están en casa del señor Fitzgerald...

—Maldita sea, hombre... ¿Por qué me ha dejado hablar tanto, entonces?

Cogió a Chacopec, salió de la joyería, y saltó a su descapotable, de color amarillo rabioso, mirando amablemente al guardia de tráfico que le estaba poniendo una multa por estacionamiento indebido.

—Felicidades, amigo —dijo.

—¿Cómo dice, señor?

—Digo que le felicito por cumplir con su deber. Pero no abuse demasiado. Adiós.

Y arrancó como dispuesto a hacer el recorrido de las quinientas millas de Indianápolis.

Sólo que no tenía que ir tan lejos. Sabía muy bien dónde vivía James Fitzgerald.

CAPÍTULO III

Lo primero que vio al llegar ante la lujosa quinta, fue el coche de la policía, ante las verjas de la entrada.

—¡Hombre, no! —exclamó—. Tengo un padre más exagerado que un avestruz con bufanda... ¡Tampoco hay para tanto!

Uno de los policías de la dotación del coche estaba ocupando la entrada, y alzó un brazo en inconfundible señal de *stop*. El bondadoso Mike Marquand detuvo el coche a medio milímetro del agente, que se quedó blanco como una nube.

—¡Buenos días, agente! —saludó—. Déjeme pasar, por favor. Soy amigo del señor Fitzgerald, y ya verá como arreglaremos esto de un modo amistoso. Al fin y al cabo, no hay que ponerse así por un pequeño millón de dólares.

El agente se había colocado a su lado, y le miraba con ojos desorbitados, todavía pálido.

—¿Es usted amigo del señor Fitzgerald? —preguntó.

—Muy amigo..., por ahora.

—¿Y viene usted a verle por lo sucedido?

—Hombre, claro... ¡Y ya verá como lo solucionaremos en un abrir y cerrar de boca! Usted déjeme hacer a mí, y ya verá como el asunto se liquida en seguida. Gracias... ¡Hasta luego!

¡Brrruummm!, zumbó el coche, entrando como una exhalación en la quinta. Recorrió en una décima de segundo el sendero hasta la casa, delante de la cual había dos coches más de la policía. Frenó de tal modo que pareció que la carrocería fuese a saltar de los bastidores, y saltó a tierra. Un agente uniformado trotaba ya hacia él, con gesto entre mosqueado y aterrado, y Mike saludó:

—¡Buenos días, agente! Tranquilo, yo arreglo este asunto antes de que usted tenga tiempo de...

Entonces se dio cuenta de que, más allá, cerca de la piscina, había una furgoneta de la Morgue, y bastante gente. Distinguió a Fitzgerald y a Beecher, conversando con dos hombres. Dos camilleros transportaban su útil de trabajo hacia la furgoneta, cuyas puertas estaban abiertas. Varios hombres parecían dedicados a pasear por el jardín, mirando al suelo... Quizá habían perdido cinco centavos.

—¿Qué desea usted? —llegó preguntando el agente.

—Soy amigo del señor Fitzgerald —murmuró Mike—. Él me está esperando.

—Ah... Bien. El señor Fitzgerald está allí, con el teniente Calder.

—Gracias.

Tiró el ídolo dentro del coche, pero lo pensó mejor, lo recogió y se dirigió hacia la piscina. Cuando llegaba junto a la furgoneta, los camilleros se disponían a introducir la camilla en el vehículo. Mike

dirigió una mirada al bulto cubierto por el sudario, se acercó más y alzó el extremo de la parte de la cabeza.

—¡Oiga! ¡No toque nada! —prohibió un camillero.

Pero Mike Marquand ya había tocado y estaba mirando el rostro de Alice Fitzgerald, mientras sentía como si le estuviesen pasando un trozo de hielo por la espalda.

Era horrible. La señora Fitzgerald tenía los ojos prácticamente fuera de las órbitas, el rostro de un extraño color de goma podrida, y se veían en él varios arañazos furiosísimos. Las manos, colocadas sobre el pecho, estaban crispadas, como garras, y aún se podían ver en las uñas algunas partículas de piel. Toda ella estaba empapada, con los cabellos pegados a la cabeza... Entre esto, y aquellas correas de cuero y piezas de acero enjaulando el torso del cadáver, la visión de conjunto era estremecedora...

—¡Le digo que no toque nada! —llegó diciendo el camillero de atrás.

Bajó la blanca sábana, refunfuñó algo, y acabaron por colocar la camilla en la furgoneta. Mike estaba mirando hacia Fitzgerald, Beecher y los otros dos hombres, uno de los cuales, que parecía llevar la dirección de la conversación, debía ser el teniente Calder, por supuesto. Este, y el otro desconocido, estaban de espaldas a Mike, pero Fitzgerald y Beecher miraban hacia la casa, y le habían visto.

Se acercó, y se detuvo cerca de ellos, encendiendo un cigarrillo, con mano que, para su sorpresa, temblaba ligeramente.

El teniente Calder decía, en aquel momento:

—Entonces, vamos a ver si resumimos esto, señor Fitzgerald... Ayer por la mañana, usted tuvo un pequeño altercado íntimo con su esposa, y se fue a trabajar a la joyería, disgustado. Salió bastante tarde de allí, hacia las ocho. Su chófer le estaba esperando, y usted le dijo que lo trajese a casa... Pero, al poco, cambió de opinión, le dijo que se detuviese, usted se apeó, y entró en un bar, llamado Swamps. Allí, tomó un par de copas, luego salió y entró en un club cercano, el Dorca's, donde estuvo hasta cerca de las once, según entiendo, sin compañía alguna. Pero, evidentemente, le debieron ver varias personas, ¿no es así?

—Sí. Estaba muy disgustado... Bueno, la verdad es que de todos modos pensaba volver a casa, pero...

—Por favor, déjeme seguir a mí, para ver si lo he entendido todo bien... Estuvo en el Dorca's hasta las once, más o menos, bebiendo, solo. Luego, salió y se fue a otro club, el Pay Pay. Y allí también se dispuso a seguir bebiendo, pero una chica de las del club se le acercó, le pidió que la invitase... y usted aceptó. Después, se fue con ella, a su apartamento, del cual salió esta mañana, alrededor de las siete. ¿Correcto?

—Sí, sí. Bueno, ya sé que mi comportamiento no es precisamente

ejemplar, pero estaba tan contrariado que...

—Señor Fitzgerald, no estamos esclareciendo aquí la moralidad de su comportamiento, sino otro hecho mucho más importante. Lo más probable es que su esposa saliera a pasear por el jardín mientras le esperaba, se acercara demasiado a la piscina y cayera dentro, con la silla de ruedas. Debido a ese aparato de cuero y metal, no pudo nadar, y, desdichadamente, se ahogó... Ya verá como todo resulta que sucedió así, pero yo tengo que hacer mi trabajo, espero que lo comprenda.

—Sí, comprendo, pero es que... Bueno, usted me..., me está interrogando como si creyese que yo... Bien, que yo fui quien... ¡Por Dios, es horrible!

—Ha sido un accidente en verdad desgraciado —asintió el teniente—. Pero debemos aclarar lo sucedido. En cuanto a usted, le aseguro que no pienso nada especial, y, por supuesto, la chica con la que estuvo hasta las siete de la mañana podrá declararlo así, ¿no es cierto? Ha dicho usted que se llama Alma... Alma, ¿qué más?

—No lo sé —bajó la mirada Fitzgerald.

—Entiendo. Bueno, la iremos a ver. Pura rutina, ya sabe. ¿Qué más? Veamos... Salió usted de allí a eso de las siete de esta mañana, y se vino directamente a casa. Como quiera que estaba arrepentido, por una parte, y por otra parte no poco preocupado respecto a la explicación que daría a su esposa, decidió meditar antes de subir a verla. Se quedó en el jardín un buen rato. Luego, entró en la casa y subió a su dormitorio. Su esposa no estaba allí. Entonces, llamó a sus criados, quienes le dijeron que la noche anterior no la habían subido, y que ella, seguramente, se había quedado en su saloncito privado. Así que usted fue al saloncito..., y ella tampoco estaba allí.

—Exacto. Me quedé tan desconcertado que... Bueno, luego fui a ver a Charly, y le pregunté si anoche había llevado a la señora con el coche a algún sitio. Me dijo que no. Bueno, no sabía qué hacer, la verdad...

—Y de pronto vio a su esposa, en el fondo de la piscina.

—En realidad, no la vi a ella. Estaba paseando por el borde, mirando a todos los rincones del jardín... Era una mujer un poco... especial, teniente. Pensé que podía estar escondida en el jardín, observándome. Bueno, no sé por qué, miré a la piscina, y vi algo en el fondo. En seguida me di cuenta de que era la silla de Alice... Y un segundo después, la vi a ella... En seguida llamé a Charly, y le dije que avisase a la policía...

—A partir de ese momento, ya sabemos cómo fueron las cosas —asintió el teniente—. Dígame: ¿por qué avisar a la policía?

—Caramba... —lo miró desconcertado Fitzgerald—. ¿A quién, si no? ¿Acaso hice mal?

—Por supuesto que no. Bien, de acuerdo. Y ahora, señor Beecher,

veamos si recuerdo su explicación, que por otra parte no puede ser más simple: salió usted de la joyería media hora antes que su socio y amigo, el señor Fitzgerald, y se fue directamente a su *bungalow*, donde vive solo y sin complicaciones.

—Eso pretendo —murmuró Beecher.

—Y una vez allí, se bañó, se preparó la cena, estuvo viendo la televisión y, finalmente, se tomó un par de copas, mientras escuchaba música. Finalmente, cerca de las doce, se acostó. Eso es todo, ¿verdad?

—Efectivamente. ¿Le parece endeble mi coartada?

—Oh, vamos... Creo que están ustedes demasiado nerviosos, señor Beecher. Yo no estoy hablando de coartadas, sólo estoy rogando que se me informe de algunos detalles que sin duda necesitaré para mi informe... Como por ejemplo, todo eso de la Fitzgerald & Beecher. Me temo que no recuerdo muy bien sus explicaciones al respecto. ¿Dijo usted que la joyería era de su padre, señor Beecher?

—Era de mi padre y del padre de Alice... —asintió Tony Beecher—. Ellos la fundaron. Luego, mi padre falleció, y yo heredé su parte, naturalmente. Poco después, falleció el padre de Alice y ella heredó su parte. Entonces, la joyería se llamaba Sun Jewelry. Era un nombre que les había gustado a los dos viejos... Nosotros decidimos cambiarlo por uno que nos pareció más serio. Bueno, eso fue cuando James se casó con Alice. Lo estuvimos comentando, y decidimos, naturalmente con el permiso de Alice, que la joyería se llamaba Fitzgerald & Beecher, por James y por mí. Al fin y al cabo, al casarse con James, Alice pasó a ser Alice Fitzgerald.

—Claro. Y... ¿les van bien los negocios, señor Beecher?

—¿Qué le parece a usted? —murmuró Beecher, haciendo un amplio ademán que abarcaba la casa y los jardines.

—Pues me parece que sí. Bien, ya tengo todas las declaraciones necesarias para escribir mi informe, así que no les molesto más, por ahora. Cualquier cosa que necesiten de mí, por favor, no vacilen en pedírmela.

—Es usted muy amable, teniente.

Mike Marquand comprendió que el teniente se iba a volver, y desvió la mirada hacia el fondo de la piscina, donde, en efecto, todavía estaba la silla de ruedas... Pero no le hizo demasiado caso. Estaba pensando en los tensos rostros de Beecher y Fitzgerald. Este era un sujeto muy apuesto, atractivo, con una barbita muy bien recortada y bigote unido. Tony Beecher iba completamente afeitado, y vestía más deportivamente, así que parecía más joven que su socio. Y era también más atractivo, de aspecto más alegre. James Fitzgerald parecía tener unos cuarenta y cinco años, y Tony Beecher no más de cuarenta...

—¿Quién es usted?

Mike volvió la cabeza, y sonrió al teniente Calder, que le contemplaba

con el ceño fruncido, igual que su acompañante, que había estado tomando notas.

—Mike Marquand —se presentó Mike, amablemente—. Soy amigo del señor Fitzge...

—¿De modo que usted es Mike Marquand? —Calder le contemplaba con curiosidad—. Pues tenía ganas de conocerle, francamente.

—¿Sí? ¿Por qué? —se sorprendió Mike.

—Mis agentes me han hablado mucho de usted. Parece que sabe usted divertirse, señor Marquand.

—Hago lo posible por pasarlo bien, y que lo pasen bien las personas que están conmigo.

—Ah... Eso parece toda una vocación. Naturalmente, usted es el Marquand de los astilleros, ¿no?

—Sí, sí... ¿Por qué?

—Bueno, siempre es interesante saber que uno está hablando con un montón de millones de dólares. ¿Ha venido usted al enterarse de lo sucedido, señor Marquand?

—No. No sabía nada. Quería tratar una cuestión personal con el señor Fitzgerald, estuve en la joyería y allá me dijeron que lo encontraría en su casa... ¿No piensan sacar la silla de ruedas de ahí abajo, teniente? Guy Calder miró hacia la piscina, y luego volvió a mirar a Mike, con gesto amable.

—Es una sugerencia que tendré en cuenta, señor Marquand. Bien..., adiós a todos. Vámonos, Peter. Ah, me parece que llegan los de huellas...

Se dirigieron hacia la casa, ante la cual se había detenido otro coche, uno de cuyos ocupantes, tras apearse, estaba haciendo señas hacia otra parte del jardín. Mike miró hacia allá, y vio a dos hombres-rana, sentados al sol sobre el césped, fumando... Sonrió y movió la cabeza. Era de tontos querer enseñar a los demás su propio trabajo, desde luego. El teniente debía haber estado esperando a que llegase el equipo de huellas para que los hombres que habían sacado de la piscina a Alice Fitzgerald sacasen la silla de ruedas. Aunque podría ser que...

—¿Y bien, señor Marquand? —preguntaba Fitzgerald—. ¿Qué se le ofrece?

Mike sacó la mano que había mantenido a la espalda, y mostró el ídolo.

—Es falso, señor Fitzgerald —musitó.

Fitzgerald & Beecher palidieron a la vez. En seguida, y también a la vez, enrojecieron intensamente.

—¿Está usted loco? —masculló Fitzgerald.

—Mire... Yo lamento mucho haber venido en momentos como éste, señor Fitzgerald. No sabía lo sucedido. Sólo me dijeron que usted y el

señor Beecher estaban aquí, y vine a solucionar este enojoso asunto. Comprenda: se trata de un millón de dólares, por un lado, y del disgusto de mi padre, por otro. Es un gran admirador de Chacopec.

—Escuche, señor Marquand, hace muchos años que somos joyeros... ¿Usted pretende decirnos que ese ídolo no es de oro?

—Bueno... Sí, parece que es de oro, en efecto. Pero la cuestión no es ésa. Si lo valoramos como oro, esto podría valer... No sé... ¿Veinte mil dólares?

—Más o menos —murmuró Beecher.

—Pues mi padre no lo compró porque fuese de oro, sino porque es una... efigie auténtica, hecha por los incayas hace algo así como seiscientos años, lo cual hace que sumemos el valor artístico, arqueológico, o lo que sea, a esta figurilla, hasta alcanzar el millón de dólares. A mí, personalmente, me parece una tontería, pero mi padre opina de otro modo.

—Señor Marquand...

—Esperen un momento. Mi padre tiene en su despacho de casa una imagen más grande que ésta, en arcilla. Una preciosidad, de veras, una obra de arte. Pero está hecha hace poco tiempo... Del mismo modo, si hubiese querido conformarse con una imitación en oro, la habría encargado hacer. Pero, no. Él sólo sintió interés por esto al saber que era una imagen auténtica de los incayas. ¿Un millón de dólares? *Okay*. ¿Cobró usted su millón de dólares, señor Fitzgerald?

—Desde luego.

—Bueno, pues mi padre quiere la genuina estatuilla

—Es ésta, señor Marquand.

Mike ladeó la cabeza, y entornó los ojos.

—No sabe cuánto me disgustan estas cosas, señor Fitzgerald —susurró—. Y especialmente, en momentos como éste. Mire, yo acostumbro a ser una persona razonable. Comprendo que ahora esté aturdido, pensando en otras cosas... Comprendo su dolor, y le doy mi sincero pésame por la lamentable pérdida que ha sufrido. Ahora, esperaremos a que todo haya terminado, a que usted se serene, y luego volveremos a hablar... ¿Le parece bien, señor Fitzgerald?

La proposición no podía ser más razonable, en efecto. Pero James Fitzgerald, mirando hoscamente a Mike, masculló:

—No pienso escuchar imbecilidades de nadie. Vendí algo que usted tiene en las manos, y eso es todo. Adiós, señor Marquand.

Dio media vuelta, y se dirigió hacia la casa. Mike adelantó un paso hacia él, con el ceño fruncido, pero Beecher le puso una mano en un brazo.

—Discúlpele, por favor... —pidió—. Está muy afectado. Y ahora, esto... Es imposible, claro. Pero..., ¿me permite ver bien el ídolo?

—Desde luego. Y dígame qué opina de él.

Anthony Beecher tomó a Chacopec con exquisito cuidado, le dio vueltas, lo examinó detenidamente... Acabó por encoger los hombros.

—Bueno, la verdad es que no soy un experto en estas cosas concretamente, señor Marquand, pero... Bien, nosotros adquirimos este ídolo, lo pusimos a subasta y lo vendimos. Ese es nuestro negocio.

—¿Quiere decir que es el mismo? ¿El auténtico?

—¿Su padre entiende realmente de estas cosas?

—Entiende mucho, realmente —asintió Mike.

—De acuerdo. ¿Será tan amable de decirle que iré a verle en cuanto tenga un momento? Mientras tanto, le ruego que tengan un poco de paciencia... Ya verá como todo termina bien, claro está.

—Vale —dijo Mike—. Yo siempre digo que las personas que no se entienden hablando merecerían no saber hablar.

—De acuerdo también en eso —sonrió Beecher—. No olvide advertirle a su padre mi visita. Hasta la vista, señor Marquand.

—Adiós, señor Beecher.

Mike Marquand quedó solo junto a la piscina, contemplando con animosidad a Chacopec, que relucía al sol prodigiosamente. Y todavía estaba allí, pensativo y casi malhumorado, cuando oyó los pasos a su espalda. Se volvió, quedando encarado al teniente Calder, que le contemplaba con curiosidad.

—¿Qué es eso? —preguntó el policía.

—Chacopec, el dios de la laboriosidad.

—Oh... Bueno, parece un ídolo, ¿no?

—Es un ídolo.

—Ya. ¿Usted es idólatra, señor Marquand?

—Yo soy *mujerólatra*, *whiskólatra* y *juergólatra*, teniente. El ídolo es de mi padre.

Calder se había echado a reír, imitado por los hombres que llegaban con él, contemplando todos con evidente simpatía al rubio gigante.

—Entonces..., ¿el idólatra es su padre?

—Mi padre es *trabajólatra*. Adora el trabajo... Yo prefiero adorar a las mujeres, el whisky y la juerga. ¿Le parece mal?

—Pues no sé... Todo es bueno, en la medida adecuada. Si nos permite, señor Marquand, nosotros tenemos que terminar aquí un trabajo... Ya ve: también somos *trabajólatras*, como su padre.

—Admirable. ¿Tengo que marcharme?

—¿Prefiere quedarse?

—Me gustaría ver cómo trabajan ustedes.

—Pero no se canse —sonrió mordazmente Calder.

Los hombres-rana se zambulleron, y sacaron la silla. Mike miraba todo con gran atención, impulsado por la curiosidad. La silla fue colocada al sol, quedando inmediatamente bajo la atención de los hombres del equipo de huellas, que comenzaron a examinarla desde todos los

ángulos, susurrando sus impresiones, que Mike no podía oír. Calder miraba de cuando en cuando a Mike, pero era como si éste no estuviese allí, a pesar de su tamaño. Fumaba, miraba y permanecía en silencio. La silla se estaba secando rápidamente bajo el cálido sol. Luego, le echaron unos polvos, comenzaron a pasar unos pincelitos, tomaron fotografías...

Mike Marquand comenzó a aburrirse. Así que dio media vuelta y regresó a su coche. Se sentó ante el volante, y se quedó mirando a Chacopec, con verdadera hostilidad. Estuvo a punto de hacerle la pederreta, pero no le pareció momento ni lugar oportuno. Lo dejó en el asiento contiguo, encendió otro cigarrillo y quedó pensativo.

¿Y si su padre se hubiese equivocado? Caramba, habría metido la pata hasta el pescuezo, desde luego...

Se estaba bien allí, al sol. ¡Qué silencio...! Sólo, de cuando en cuando, se oía el piar de algún pajarillo. ¡Pobre señora Fitzgerald! Evidentemente, ella había perdido mucho más que su padre. ¡Y qué muerte tan horrible, caer a la piscina, querer nadar y no poder, y arañarse la cara, desesperada...! Horrible. Y al parecer, ni siquiera había sido feliz en su matrimonio con el barbudo y apuesto James Fitzgerald, ya que se peleaban. El tal Fitzgerald iba a resultar un granuja redomado, a fin de cuentas.

«Bueno, ¿qué hago yo aquí?», se preguntó de pronto.

Puso en marcha el coche, y salió de la quinta. Todavía estaba allí el coche policial. Saludó con un brazo, y, poco más allá, todavía conduciendo despacio y mirando a todos lados, vio al sujeto.

Seguramente, no lo habría mirado por segunda vez de no haber notado la extraña maniobra del desconocido. Un tipo de unos cuarenta años, de cabellos rojizos y cara guapetona, buen estatura y aceptable facha..., que parecía querer ocultarse tras una de las palmeras de la avenida y miraba hacia la quinta de los Fitzgerald.

Mike siguió adelante, sorprendido por la actitud de aquel hombre. Hum... ¿Qué hacía aquel pajarraco atisbando hacia la casa de los Fitzgerald?

Detuvo el coche más adelante, metió a Chacopec en el portamaletas, y regresó, a pie, hasta divisar de nuevo al sujeto en cuestión, que seguía con la misma actitud. Desde lejos, estuvo observándolo durante más de diez minutos, hasta que lo vio erguirse bruscamente, y alejarse de la quinta, caminando hacia él; así que Mike dio la vuelta, y fue caminando, manteniendo la distancia entre él y el sujeto, volviendo la cabeza para mirarlo. El otro no le prestaba a él la menor atención, sino que también volvía la cabeza... Y Mike comprendió en seguida lo que miraba. La policía se marchaba de la quinta. Salían los coches. El último en sumarse a la comitiva fue el que había permanecido en la entrada, ante las verjas.

Los coches de la policía pasaron cerca del sujeto, que se hizo el distraído, mientras que Mike se ocultaba, para no ser visto por el teniente Calder o cualquier otro...

Cuando volvió a mirar, el sujeto caminaba decididamente hacia la quinta de los Fitzgerald, cuyas altas puertas de adornados barrotes de hierro habían sido cerradas. Un criado se acercó, habló con el sujeto, abrió las verjas, y el sujeto entró. El criado cerró las verjas, y fue al pequeño pabellón de portería. Mike se las arregló para pasar cerca, y a través de las verjas, y por una ventana del pequeño pabellón, le vio hablando por teléfono, sin duda comunicado directamente con la casa. Mike siguió adelante, dio la vuelta, y volvió a pasar de modo que pudiese mirar a través de las verjas... El criado había salido ya del pabellón, y se dirigía hacia la casa..., de la cual había salido Fitzgerald, y caminaba hacia las verjas. Se cruzaron ambos, el criado dijo algo, Fitzgerald asintió, y siguió caminando hacia el sujeto...

Desde donde estaba, Mike Marquand vio perfectamente la intensa palidez del rostro de James Fitzgerald. Cuando llegó ante el sujeto, éste le tendió la mano, pero Fitzgerald la ignoró fríamente. Estaban hablando... Mike no podía ver el rostro del sujeto, pero sí el de Fitzgerald, cada vez más pálido. Parecía muy impaciente porque el otro se marchase. Al final, asintió repetidamente, abrió las verjas, y el sujeto salió, alejándose a buen paso. Entonces sí pudo Mike volver a verle la cara, y por tanto, su expresión sonriente, satisfecha, irónica.

—Pues —se dijo Mike—, no tengo nada que hacer, así que... ¿por qué no sigo a ese tipo?

Pasaron por donde Mike había dejado el coche. Subió a él y condujo despacio, manteniendo una buena distancia. Ya lejos de Milvievv Circle, el sujeto tomó un taxi, y se hizo llevar al centro de Tampa. Allí, entró a almorzar en un *snack*. Invirtió en ello más de media hora. Luego, salió, se dedicó a dar un paseo. Más tarde, hacia las dos y media, entró en un cine, y Mike lo hizo segundos después. La película era horrenda, de asesinatos sangrientos, pero el sujeto parecía estar pasándolo bien. No habló con nadie, nadie se acercó a él. Salieron cuando terminó la película, hacia las cuatro. El sujeto tomó otro taxi, y Mike se fue tras él.

Y cuando el taxi se detuvo, Mike Marquand estacionó, se apeó, y se fue detrás del sujeto, que iba directo, directo, directo, hacia el circo ambulante que se había instalado hacía unos días en Washington Square.

«Atiza —pensó Mike—... ¡Después de cine, circo!»

Y estaban cerca de Pensacola Beach, muy cerca también de la playa... Por un instante, Mike Marquand estuvo a punto de olvidarse del sujeto al ver el circo... ¡El circo! Había muchos niños, que contemplaban embobados los carteles de anuncios de animales y de payasos,

acróbatas, magos, el hombre forzado... ¡El circo! No era el clásico circo de carpa de lona, sino una aceptable construcción de plástico, por piezas desmontables. A un lado estaba el circo propiamente dicho, y, anexo a éste, un pabellón que debía contener las viviendas del personal. Las fieras debían estar detrás...

—¡Con las ganas que tenía de venir a verlo, y mira por dónde...!

El sujeto se metió en el pabellón-vivienda, y Mike se acercó allí. Junto a la puerta, habían carteles pegados a las paredes de plástico, y, en uno de esos carteles, vio el rostro de aquel sujeto; a su lado, un rostro femenino que dejó sin aliento al rubio gigante: una pelirroja sensacional, bellísima y de expresión dulce, bastante más joven que el sujeto. Encima de las fotografías había un trapecio pintado, con dos trapecistas, hombre y mujer, ejecutando un número. Debajo de ambos rostros ponía: «Hermanos Merton *Reyes del Aire*.

«¿Qué te parece? —reflexionó—. ¿A qué va a resultar que al señor Fitzgerald también le gusta el circo?»

Bueno, ya sabía quién era el sujeto, y, a juzgar por su prisa de los últimos minutos, no podía perder mucho tiempo si quería actuar... Mike dirigió una última mirada a la muchacha pelirroja, movió la cabeza, y fue a sacar una entrada.

CAPÍTULO IV

Lo que más le gustó fue, sin la menor duda, el payaso, cuyo nombre era Sacarrisas. Lo demás había estado bien, bajo su punto de vista, que era muy amable y tolerante, pero Sacarrisas le había hecho reír de verdad. Las fieras y el domador; los Merton, volando la chica y el sujeto agarrándola; el hombre forzudo..., al que Mike habría podido tumbar de medio guantazo... Todo muy bonito. Naturalmente, Mike se había procurado uno de los mejores asientos, se rodeó de niños a los que invitó a Coca-Cola, naranjada, palomitas de maíz y maní, y rió con ellos y más que ellos... Todo muy bonito.

Pero el payaso... ¡Ah, el payaso! ¡Qué emocionante, divertido! Había salido vestido con camisón de dormir, a rayas horizontales, y arrastrando una colchoneta hinchable, sobre la que había un gran despertador, un reloj enorme que hacía un tic-tac fácilmente audible. Bueno, las dificultades empezaron cuando Sacarrisas tuvo que hinchar el colchón. Fue la monda. Pero al fin lo consiguió, y se puso a dormir. Entonces, apareció el mosquito, zumbando... Nadie vio el mosquito, por supuesto. Pero eso fue con la vista... Con la imaginación, todos *vieron* el mosquito, importunando al pobre Sacarrisas, cuyas piruetas sobre el colchón lanzando zapatazos a diestro y siniestro ocasionaron un torrente de carcajadas. Finalmente, se consumó el asesinato: el mosquito cayó muerto de un zapatazo, y el músico del bombo hizo «¡bom!», y pareció que lo que caía al suelo era un elefante. Vaya, por fin... Sacarrisas se pone a dormir, acomodándose placenteramente. Silencio absoluto. Sacarrisas empieza a roncar. Más risas. Y entonces, suena el gran reloj despertador, sobresaltando a Sacarrisas, que se pone en pie de un salto, mira a todos lados como enloquecido, ve el reloj sonando, saca de debajo del camisón un enorme mazo, y ¡zas!, hace papilla el despertador, agarra el colchón, y se va por donde ha venido... Miles de aplausos, risas, gritos llamando a Sacarrisas... Fin de la función.

Mike Marquand repartió las últimas palomitas de maíz, guiñó el ojo a la mamá de uno de los niños, que se puso radiantemente sofocada, y salió. Las seis y media, caramba.

Se dirigió hacia el pabellón de las viviendas de los empleados del circo. Había, simplemente, un pasillo, y a ambos lados, puertas de camerinos. Un par de chicas vestidas muy llamativamente pasaron junto a Mike, le miraron, se miraron entre ellas, volvieron a mirarle, y las dos a la vez silbaron:

—¡Fiuuu... fuiiiuuu...!

Mike se dirigió a una puerta, la empujó... y se quedó mirando a la muchacha, prácticamente desnuda, que se volvió velozmente, abrió mucho los ojos, lanzó un grito, recogió sus ropas, se le cayeron, las

volvió a recoger, le parecieron poca cosa para taparse a su gusto, las dejó caer, miró a su alrededor, saltó hacia una toalla, y se la puso delante, como una cortina. Sensacional: era la Reina del Aire, pelirroja como el mismísimo fuego, con los ojos más grandes que la cabeza, y de un verde de selva impenetrable. Pero, pese a este color, los ojos parecían echar fuego.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —gritó.

—Pero si ni siquiera he entrado... —protestó Mike.

—¡Cierre la puerta!

Mike entró, cerró la puerta y sonrió amablemente.

—Ya está —dijo. —¡Salga de aquí!

—¿En qué quedamos? —frunció el ceño Mike.

—¡Salga de aquí y cierre la puerta!

—Mmm... Vamos a ver —Mike se acarició la barbilla, con gesto pensativo—. Primero, no debía entrar, pero luego sí. Luego, tengo que cerrar la puerta, y salir... No. No puede ser. Veamos, veamos... Primero salgo, luego entro y cierro la puerta... Tampoco. No, tampoco... ¡Caray! ¿Sabe que es usted muy complicada, nena?

—¡Fuera de aquí!

—Ahora sí la entiendo. Pero no soy sordo. Y otra cosa: me pareció usted mucho más simpática cuando estaba volando. Y eso de ser simpático es algo que no todo el mundo consigue. Por ejemplo, yo mismo: todo el mundo dice que soy simpático, pero, según parece, a usted la he molestado. ¿Por qué?

La muchacha se había calmado, evidentemente.

—Haga el favor de salir, señor: estoy casi desnuda.

—Sí, sí... Ya lo he visto. Pero a mí eso no me molesta.

—Pues a mí, sí.

—Entonces, ¿por qué se desnuda?

—Porque tengo que vestirme.

—Caracoles... —Mike se rascó furiosamente la nuca—. Si lo que desea es vestirse, ¿por qué demonios se desnuda?

La muchacha se quedó mirándole con la boca abierta. De pronto, sonrió deliciosamente.

—De acuerdo —dijo—; usted es simpático. Y supongo que si hubiese sabido que yo me estaba desnudando, no habría entrado...

—No. Tan pronto, no. Habría esperado unos segundos más.

—Por favor —casi rió ella—; salga. ¿Busca usted a alguien de la compañía?

—A usted.

—Pues me llamo Leticia Merton. ¿Algo más?

—Yo me llamo Mike Marquand. ¿Algo más?

—Si sale usted, señor Marquand, le estaré eternamente agradecida.

—¿Y si no salgo?

—Me parece que empezaré a gritar, y se encontrará usted en dificultades.

—Es usted muy amable evitándomelas, Leticia. Gracias... ¿Quiere unas palomitas...? No. Se me han terminado. ¿Chicle? ¿Maní? ¿Un cigarrillo?

—No —rió Leticia Merton—, gracias. Señor Marquand, de verdad, es usted simpático, pero se está pasando.

—Adiós —dijo Mike.

—Adiós.

—Oh, perdón... ¿Cuál es el camerino de su hermano?

—El de al lado, a la derecha, saliendo.

—¿Cierro la puerta al salir?

—Sí... —volvió a reír Leticia—. Sí, por favor.

—Adiós, Reina del Aire. ¿Sabe?: me voy a convertir en pajarito... ¡Pío, pío, pío...!

Salió del camerino justo cuando se cerraba la puerta del de enfrente. Aún pudo ver a Sacarrisas entrando allí. Cerró la puerta de Leticia, vaciló, sonrió y se acercó a puerta de enfrente, a la que llamó con los nudillos.

—¿Se puede? —preguntó.

—¡Entre! —rugió una voz.

Entró, y cerró la puerta tras él. Sacarrisas estaba sentado en la banqueta colocada ante el espejo, y lo observó por él, gruñendo:

—¿Qué demonios quiere usted?

—Felicitarle —dijo Mike—; ha estado usted estupendo.

Sacarrisas se volvió, quitándose la nariz, y observándole belicosamente.

—¿Qué? —graznó—. De pitorreo, ¿eh?

—No, señor —se sorprendió Mike—. De verdad que me ha gustado mucho.

—Usted es idiota —farfulló Sacarrisas—. Lárguese.

Se volvió de nuevo hacia el espejo y comenzó a retirar el maquillaje. Por el espejo, volvió a mirar a Mike, que le contemplaba sonriente.

—¿No ha oído? ¡Lárguese!

—Creí que era una broma... —dijo Mike—. Como eso de llamarme idiota.

—Pues no era ninguna broma. ¡Largo, idiota!

Mike se adelantó, asió el pescuezo de Sacarrisas con una mano y lo levantó, como si fuese un muñequito de paja. Por el espejo, vio el súbito cambio en las ya visibles facciones del payaso, el gesto aterrado.

—A mí me pareció una broma —insistió Mike.

—Sí, sí... —jadeó Sacarrisas—. ¡Era una broma!

—Ah... —Mike volvió a dejarlo en la banqueta, y se sentó sobre un

baúl—. Apuesto a que es usted una persona encantadora, señor Sacarrisas.

Este movió el cuello, se aseguró de que todo estaba en su sitio, tragó saliva y preguntó:

—¿Por qué supone eso?

—¡Hombre...! ¡Un payaso...! Ya se sabe, no.

—Usted es... Usted está equivocado —se apresuró a rectificar Sacarrisas su opinión sobre Mike.

—No, no... Un payaso es una persona dedicada a hacer la vida más agradable a los demás, ¿verdad? Les hace reír, les hace olvidar sus penas y preocupaciones, es simpático y amable, todos son amigos suyos... ¿Verdad que un payaso es así?

—Para ser así, no hace falta ser payaso —murmuró Sacarrisas—. Eso es, simplemente, ser una buena persona.

—¿Y un payaso no es siempre una buena persona?

—No. Por ejemplo, yo mismo, tengo muy mala uva... Y si usted no tuviese esa estatura y esos músculos, ya se habría enterado, se lo aseguro. ¿Puedo saber qué demonios quiere de mí?

Mike Marquand se mordió los labios, estuvo unos segundos mirando fijamente a Sacarrisas y, de pronto, bajó la cabeza. El payaso le miró con curiosidad, encogió los hombros, y se volvió hacia el espejo, retirando el resto del maquillaje. Cuando volvió a mirar a Mike, éste seguía cabizbajo, sumido en sus pensamientos.

—Escuche —gruñó Sacarrisas—, ya está bien la broma, ¿no le parece? Tengo que ir a cenar, y prepararme otra vez para esas malditas idioteces que hacen reír a esos estúpidos niños... Cuando veo sus caras congestionadas por la risa, me entra dolor de estómago... Así que dígame qué quiere y déjeme en paz.

Mike no dijo nada. Nada. Miró al suelo, fue hacia la puerta, salió y cerró. Estuvo afuera unos segundos, con los ojos cerrados. Luego, tras suspirar profundamente, se dirigió hacia la puerta del camerino del hermano de la bellísima pelirroja. Estuvo llamando con los nudillos, pero al no recibir respuesta, decidió abrir la puerta...

Dentro del camerino no había nadie. Cerró, quedó pensativo y decidió preguntarle a la bella Leticia si sabía dónde podía estar su hermano. Llegó a la puerta, alzó la mano... y la voz, en tono muy alto, llegó hasta él a través de la puerta:

—¡...Seguir así! —gritaba el hombre.

—Yo también quisiera dejar esto —oyó la voz de Leticia Merton—. Pero, ¿qué vamos a hacer, Denis? También tendríamos que trabajar, fuese donde fuese, ¿no? Yo tengo bastante cultura, pero siempre nos hemos dedicado a esto, íbamos ya con nuestros padres... ¿Qué quieres que haga fuera de aquí? ¿Trabajar de camarera? No, gracias. ¡Y no me digas que puedo trabajar de secretaria, por ejemplo, porque no tengo

ni idea de cómo se manejan esas máquinas que todo lo saben!

—Está bien, ya has hablado tú. Ahora, déjame terminar a mí: ¡ya estoy harto de todo esto! Y no pienso...

—Denis, ¿qué te pasa? —Mike tuvo que aplicar una oreja a la puerta para oír la mucho más suave voz de Leticia—. No te entiendo, no sé por qué te ha entrado de pronto esta locura...

—Voy a tener pronto cincuenta mil dólares —cortó Denis Merton.

—¿Qué? —exclamó su hermana.

—Cincuenta mil dólares.

—¡Denis! ¿Qué has hecho?

—¡No seas tonta! No he hecho nada... Sólo te digo que voy a tener muy pronto cincuenta mil dólares, y quiero saber si te vendrás conmigo o seguirás en esta compañía de muertos de hambre.

—Denis..., no sé cómo vas a tener ese dinero, pero, aunque llegases a tenerlo..., ¿qué esperas hacer con cincuenta mil dólares?

—¡Pues le pediré cien mil!

—¿A quién? ¿Y por qué van a darte cien mil dólares?

—¡No te importa! ¡Tú dime solamente si querrás venirte conmigo o no!

—No lo sé... Me gustaría dejar todo esto, tener una casa de ladrillo, con cuarto de baño de loza o de mármol, y un jardín, y supongo que me gustaría casarme y tener hijos... Pero me das miedo, Denis.

—¡Siempre has sido una cretina! ¡Maldita sea mi estampa, no te lo pediré más! Ve pensando en ello durante esta noche, porque seguramente, mañana mismo, yo me largo. ¿Está claro?

—¿Me dejarías aquí sola?

La voz de él tardó un par de segundos en oírse:

—Letty, eres mi hermanita pequeña... Tienes veinticinco años y yo cuarenta y uno. Ya ves: una broma de nuestros padres, que te encargaron a París cuando yo me afeitaba cada día. Está bien... ¿Alguna vez has tenido queja de tu hermano mayor?

—No, Denis, no... Me has protegido siempre, y te lo agradezco, pero es que... Bueno, si al menos me dijese...

—¡No te diré nada! ¡O te vienes conmigo, o te las arreglas sola! ¡Qué demonios, al fin y al cabo ya eres mayorcita!

Mike Marquand se irguió y echó a correr por el pasillo, comprendiendo que Denis Merton daba por terminada la discusión, y que de un momento a otro abriría la puerta. Y vaya si acertó... Salió con el tiempo justo. Y tras él, a los pocos segundos, salió Denis Merton del pabellón. Iba ya vestido de calle, desde luego. Se metió las manos en los bolsillos y se encaminó hacia la plaza. Allá, localizó una cabina telefónica, y se metió dentro, buscando en sus bolsillos unas monedas...

Cuando se dio cuenta, Mike estaba memorizando el número que Denis

Merton estaba marcando, lo cual podía ver con toda claridad... Y también vio con toda claridad los gestos en el rostro de Denis Merton cuando le contestaron. Sí, exigía. Luego, su expresión fue evidentemente dura, terca. Colgó de un manotazo, salió de la cabina y se dirigió hacia un puesto de bocadillos de salchichas, mirando con curiosidad a Mike al cruzarse con él. Mike no tuvo que pensar mucho para hacer algo que justificase su presencia allí, tan cerca de la cabina. Simplemente, entró en la cabina y marcó el mismo número que había marcado Denis Merton.

La respuesta no le sorprendió en absoluto:

—Residencia de los señores Fitzgerald. ¿Diga?

No dijo nada. Colgó, metió más monedas en el aparato y marcó ahora el número privado del despacho de su padre, mientras veía a Denis Merton caminando lentamente, mordiendo el «perro caliente».

—¿...?

—Papá, soy Mike...

—Oh, bueno, ya sé que sólo tienes un hijo, y que si te llama papá, es que soy yo. Escucha: ¿te ha visitado el señor Beecher, de la Fitzgerald & Beecher?

—Ah, estupendo. ¿Y qué te ha dicho sobre Chacopec? —¡...!

—Vaya... De manera que el ídolo que yo le he enseñado esta mañana es auténtico, y que soy yo quien... ¿No?

—Ah, ah, ah... ¿Que ellos entregaron la auténtica, y que si yo te he llevado una falsificación es cosa mía? Bueno, qué bien: resulta que he pretendido estafar a mi propio padre, ¿no? Lo cual es igual que estafarme a mí mismo parte de la herencia..., que deseo tarde muchos años en llegar.

—Hombre, papá, dices unas cosas... ¡Adiós, te llamaré en otro momento!

Colgó a toda prisa, y salió de la cabina. La cosa se estaba poniendo interesante: Denis Merton comenzaba a alejarse, y Leticia Merton, que había aparecido como por arte de magia, iba tras él, procurando que su hermano no la viese. Muy bien. Pues él iría detrás de los dos. Aunque..., ¿para qué molestarse, si sabía muy bien adonde se dirigía Denis Merton?

Convencidísimo de que no iba a fallar, Mike Marquand se fue a su coche, lo puso en marcha y partió hacia Milview Circle. Si Denis Merton no iba hacia la casa de Fitzgerald, él era capaz de hacerse el harakiri...

CAPÍTULO V

No tuvo necesidad de hacerse el harakiri, porque Denis Merton llegó ante la quinta de los Fitzgerald, en taxi, poco después que él, cuando comenzaba a oscurecer. Le vio dirigirse hacia las verjas, muy resuelto, y esta vez el criado que acudió a abrir le llevó hacia la casa.

Mientras tanto, llegó también Leticia Merton, en otro taxi, del que no salió hasta que su hermano hubo entrado en la villa. Entonces, sí, se apeó, y se acercó, asombrada, vacilante, hacia las hermosas verjas de hierro forjado. Pasó por delante, volvió a pasar... y volvió la cabeza al oír a su derecha el frenazo de un coche.

Leticia miró hacia allá y se quedó boquiabierta, contemplando al gigante rubio al volante del deportivo descapotable de color amarillo intenso.

—¡Hola, Leticia! —alzó Mike una mano—. ¡Veo que terminó de desnudarse... y se vistió otra vez, claro! ¡Qué mona está!

La muchacha estaba mirando con desconfianza a Mike. De pronto fue hacia él, apoyó las manos en la portezuela del coche y le escrutó, con fijeza.

—¿Qué hace usted aquí? —susurró.

—Me dije: a lo mejor, con un poco de suerte, Leticia acepta cenar conmigo. Así que me vine aquí a esperarla.

—Usted...

—Suba. Si su hermano sale de ahí la verá, y a lo peor, tendrían una escena desagradable.

Ella vaciló, pero muy brevemente. Rodeó el coche, y se sentó junto a Mike, que arrancó como un auténtico cohete..., para detenerse poco más allá, girar y quedar encarado hacia la villa. Apretó un botón del salpicadero, y, silenciosamente, apareció la capota, que los ocultó de miradas indiscretas.

—Señor Marquand...

—Me he llevado una decepción terrible con Sacarrisas... —refunfuñó Mike—. Me parece que la decepción más grande de mi vida, Leticia.

—¿Por qué?

—Pues me dijo que tiene muy mala uva. ¿Es verdad?

—Es un bruto.

—Pero los niños se ríen con él...

—Es un profesional, pero a mí me parece un hombre... odioso. Sí, odioso. Señor Marquand, yo quiero saber...

—Estoy tan desilusionado que si no fuese porque mancharía mi corbata, me pondría a llorar. Esto me pasa por ponerme corbata. Dígame: ¿qué está haciendo su hermano ahí dentro?

—Pu... pues eso mismo le..., le iba a preguntar yo a usted, porque me da la impresión de que usted... lo buscaba, y he pensado...

—¿Usted conoce a un tal señor James Fitzgerald?

—No.

—Pues él vive ahí —señaló Mike la quinta—. Y su hermano sí lo conoce. Estuvo a verlo esta mañana, lo llamó después que ustedes terminaron la discusión, y ahora ha vuelto a verlo...

—¿Qué..., qué discusión?

—La que tuvieron usted y Denis. Pasaba por allí, y tropecé.

—¿Tro... tropezó?

Sí. Tropecé, me caí de lado y no pude evitar que una de mis orejotas quedase pegada a la puerta del camerino de usted.

—¡Oh! ¡Estuvo escuchando!

—¿Y qué quiere, hijita? Eddy me ha enseñado muchas cosas, y como le tengo por buen maestro, y sé que él escucha a través de las puertas, pues eso yo también lo hago.

—¿Quién es Eddy...?

—Mi ayuda de cámara.

—¡Oh! Pe... pero..., ¿quién..., quién es usted?

—Kwai Chang Caine.

—¿Quién? —gritó Leticia.

—Ese de la serie televisiva *Kung Fu*, mujer... Oh, vamos, ya sabe quién soy yo, se lo dije: Mike Marquand. ¿Qué clase de negocios tiene su hermano con James Fitzgerald?

—No lo sé... ¡Claro que no lo sé, ni sé quién es ese señor Fitzgerald...!

—Pues es un tío con mucho dinero. Yo creo que es el que ha de soltar la mosca.

—¿El que... qué?

—El que ha de pagarle a su hermano los cien mil dólares.

—¡Pero eso es absurdo! ¿Por qué habría de pagarle nadie cien mil dólares a mi hermano?

—Buena pregunta. ¿Usted no conoce la respuesta? —¡Claro que no!

—Quizá su hermano se ha dedicado alguna vez a negocios de joyería... ¿Qué le parece?

—¿De joyería? ¿Denis? Es el mayor disparate que he oído en mi vida, señor Marquand.

—Pues sí que soy fino haciendo sugerencias... ¿Qué clase de negocios ha hecho su hermano, entonces?

—Ninguno en absoluto. Que yo recuerde, siempre hemos estado trabajando en un circo u otro. Hace tiempo, él tenía una compañera, ya sabe, una *partenaire*, pero se peleaban mucho, porque ella bebía como una esponja, y a veces no estaba en condiciones de salir al trapecio...

—¡Entendido!

—¿Qué es lo que ha entendido? —le miró asombrada ella.

—Pues seguramente, uno de esos días en los que la chupa-güisqui esa

estaba trompa perdida y no podían hacer la función del trapecio, apareció usted ante su hermano, ya vestida para dar vueltas por el aire, y le dijo: «Hermano mío, no te preocupes: aquí estoy yo, que he estado aprendiendo ese arte en secreto, y ya no necesitas a esta guarra»...

—¡Señor Marquand, yo no tengo ese vocabulario!

—Yo tampoco —aseguró Mike, mirándola fijamente en la penumbra del coche—. Sólo estoy tratando de conocer cuál es su nivel mental y cultural, Leticia.

—¿Por qué?

—Es que no me gusta besar a las chicas que son ordinarias.

—¡Pues sepa que yo no soy ordinaria...! Oh, he querido decir... ¡No le estoy pidiendo que me bese! En cuanto a eso de que aparecí como por arte de magia y dije que había estado aprendiendo en secreto el arte del trapecio, pues no hubo nada de eso. Simplemente, Denis comenzó a entrenarme hace ya muchos años, y cuando estuve preparada, despedió a la otra.

—Es poco novelístico, pero muy práctico —asintió Mike—. En suma: que ni usted ni su hermano han tenido nunca nada que ver con alguien llamado Fitzgerald, ni con joyas, o cualquier otra clase de trabajo en la que se haya mencionado el nombre de James Fitzgerald.

—Exactamente.

Mike quedó pensativo. Tenía la impresión de que se estaba metiendo en un lío, pero al mismo tiempo ni se le ocurría la posibilidad de que Leticia Merton le estuviese engañando. Parte de esta certidumbre era debida a los ojos hermosísimos de la muchacha, a su limpia mirada, que hasta enternecería a un cocodrilo hambriento. Y otra parte, por supuesto mucho más sólida, era la discusión que había escuchado a través de la puerta. No. Decididamente, fuese lo que fuese lo que estuviesen tramando Fitzgerald y Denis Merton, la dulce Leticia del cuerpo escultural no sabía nada.

Lo cual era estupendo.

—¿Le gustan las joyas, Leticia? —preguntó de pronto. —Oh, sí... Soy una mujer, ¿no? Mike la miró estupefacto.

—No me había dado cuenta. Pero podría usted demostrármelo.

—¿Cómo?

—Dándome un par de besitos.

—No estoy acostumbrada a besar, señor Marquand.

—Mi sueño dorado —suspiró Mike—: ¡hacer de maestro! ¿Le interesan unas cuantas clases?

—¿Clases para aprender a besar?

—Caramba, claro.

—¿Y por qué habría de besarle a usted?

—Bueno, hay varios motivos, a cual más interesante. El primero de

ellos es que soy tan guapo... ¿O no?

—Psé... ¿Y los otros motivos?

—¡Cómo «psé»! ¡Tía Sally y tía Polly dicen que soy muy, pero que muy guapo!

—Yo no soy su tía Sally, ni su tía Polly.

—Gracias sean dadas al cielo. Pero pasemos a los otros motivos. Por ejemplo: siempre es conveniente saber besar, so pena de hacer el ridículo en alguna que otra ocasión. Otro motivo: le puedo regalar una joya, algo para colgar de su lindo cuello, por ejemplo.

—Oh, oh... Lo de la joya llama mi atención, señor Marquand.

—¿De verdad? Espere un momento... Ya es de noche, pero no salga, ¿eh?

—No me moveré de aquí —aseguró Leticia.

Mike salió del coche, abrió el portamaletas, sacó a Chacopec, y volvió a sentarse ante el volante, tendiendo el dios de la laboriosidad a Leticia.

—Aquí está la joya para su cuello... Pero no se le ocurra bañarse con ella.

—Dios mío... —Leticia se venció hacia delante al tomar el ídolo de oro macizo—. ¿Qué es esto?

—El dios de la laboriosidad. Oro macizo y esmeraldas. Y todo, por un beso o dos. ¿Trato hecho?

—Bueno —dijo Leticia.

Mike le quitó el ídolo de las manos, lo depositó a sus pies, abrazó a Leticia Merton por los hombros y la atrajo suavemente. Ella cerró los ojos, y ni colaboró ni se resistió. Mike la besó en los labios, y dentro de su cabeza comenzaron a sonar sirenas de alarma, cañonazos, música para románticos, rugir de trenes a toda velocidad, tracas chinas...

Por fin, apartó a Leticia y se quedó mirándola con expresión desorbitada.

—¿De verdad... nunca habías... besado?

—De verdad. Me pareció que no valía la pena.

—¿Y ahora?

—Pues no sé... No me he enterado muy bien del asunto, si he de ser sincera.

—¿Que no te has...? ¡A mí no me desafía nadie!

La volvió a besar. Más trenes, más cañonazos, sirenas de alarma, música, fragor de tempestad, truenos, relámpagos... Moc, moc, moc, sonaban miles de bocinas dentro de la cabeza de Mike Marquand. Ella le pasó los bracitos por el cuello, lentamente, suavemente, y comenzó a corresponder al beso... La hecatombe. La batalla del siglo.

Cuando dejó de besarla, Leticia se quedó apoyada en el respaldo, con los ojos cerrados, y suspirando lenta y profundamente.

—¿Y ahora? —masculló Mike, con la sensación de que dentro de su cabeza sonaban todavía un millón de campanas.

—Me parece... —tartamudeó ella—, que acabo de hacer un descubrimiento... y un gran negocio...

—¿Sí? ¿Qué quieres decir?

—Pues... —ella abrió los ojos, y le miró—, quiero decir que hace tiempo empecé a considerarme tonta por no practicar esto del beso. Y cuando te vi antes, pensé que me gustaría que fueses tú precisamente quien me pusiera en órbita. Y resulta que lo haces, que me ha gustado muchísimo, y encima tengo una joya como regalo. Gracias, Mike.

—De..., de nada... —quedó estupefacto él—. Oye, tonta no eres, ¿verdad?

—No sé. ¿Tú qué crees?

Mike no dijo nada más. Había mirado hacia la quinta de los Fitzgerald, a la cual llegaba en aquel momento un coche que puso su memoria a funcionar a toda prisa... ¡El coche del teniente de policía Calder! Vio a un hombre apearse y tirar de la cadenita de la verja.

—¿Y a ese hombre? —susurro Leticia—. ¿Lo conoces?

—Es un agente de policía..., supongo.

—¡Oh! ¡Denis debe haber hecho algo que...!

—Tranquilízate. Mira, lo mejor será que vuelvas a casa. Bueno, a ese sitio de plástico donde vives. Yo iré más tarde, y te diré lo que ha pasado.

—Pero yo quisiera...

—Supongamos que, en efecto, tu hermano está en un lío... ¿Por qué demonios tienes que complicarte tú también la vida, vamos a ver?

—Podría ayudarle...

—Sí, claro. A plantar tomates, porque a otra cosa... Si la policía lo busca, o le detiene por algo que tenga sentido, ya me dirás en qué podrías ayudarle. Caracoles, me gustaría un horror saber lo que está pasando ahí dentro. Leticia: ¿te gustaría que volviera a besarte como ahora?

—Oh, sí... ¡Sí!

—Eres encantadora —sonrió Mike—. Ahora, demuéstrame que eres una chica obediente e inteligente: vete a casa.

Leticia Merton salió del coche en el acto, y comenzó a alejarse, sin más. Tras un instante de estupefacción, Mike cogió el ídolo y salió del coche, corrió hacia ella y la alcanzó.

—Te olvidas a Chacopec —dijo.

—No lo quiero.

—¿Por qué no?

—No lo he ganado todavía. Dos besos es poco por este bonito regalo. Adiós, Mike.

Continuó alejándose, dejando a Mike Marquand como clavado al

suelo.

—¿Qué te parece? —masculló por fin—. ¡Una chica diferente a las otras!

Volvió a dejar a Chacopec en el portaequipajes, mirando hacia la quinta. Luego, se fue acercando, mirando a todos lados, y, cuando estuvo convencido de que nadie le veía, saltó las verjas, sin más complicaciones ni protocolos.

¿Qué quería ahora la policía en casa de Fitzgerald?

CAPÍTULO VI

—Asesinada... —dijo con voz aguda James Fitzgerald, lívido como un cadáver—. ¡Imposible, teniente!

Guy Calder, y el sargento Peter Williams, cambiaron una mirada de sorpresa. Luego, miraron casi desconcertados a Fitzgerald.

—¿Imposible? ¿Por qué, señor Fitzgerald?

—Bu... bueno, es que... ¡No puede ser!

Calder alzó las cejas, como si quisiera despejar su mirada hacia el techo del despacho donde los había recibido el dueño de la casa. Pero no miró hacia el techo, ni hacia los lujosos muebles o los libros, o los cuadros... Sólo miraba, fijamente, a James Fitzgerald.

—¿Por qué no puede ser? —insistió.

—Es..., es horrible... ¡No conozco a nadie capaz de hacerle eso a Alice! ¡No puedo creerlo!

—Pues tendrá que creerlo, lo siento. Mire, señor Fitzgerald, nuestros forenses no gastan bromas con estas cosas, ¿comprende? Si el doctor Quayle dice que antes de ahogarse fue cloroformizada, es que así ocurrió. Y naturalmente, después de que me comunicó esto el doctor Quayle, descarté definitivamente la teoría de muerte accidental.

—Pero parecía... Bueno, parecía que...

—Sí, debo admitir que la cosa estuvo bastante bien pensada —asintió Calder—. Pero la autopsia no admite apariencias, sino hechos, realidades. Y la realidad es que alguien aplicó cloroformo a su esposa, y, ya dormida, la tiró con silla incluida a la piscina. Naturalmente, la pobre señora Fitzgerald no habría podido salir ni estando en perfectas condiciones físicas: los durmientes no nadan, sólo respiran... y se ahogan.

James Fitzgerald se acercó a la abierta ventana, y permaneció allí unos segundos, como buscando aire fresco que le diese más y mejores fuerzas para soportar la noticia. De pronto, se volvió y se quedó mirando fijamente al policía.

—¿Soy sospechoso? —murmuró.

—Mire usted —Calder carraspeó—, cuando se comete un asesinato como éste, la búsqueda no es demasiado difícil. Si por ejemplo, hubiésemos encontrado a su esposa muerta de un par de tiros, o un par de cuchilladas, un golpe..., o algo así, podríamos pensar que alguien vino a robar, que ella estaba durmiendo en el saloncito, se despertó, descubrió al ladrón... ¿Comprende? Pero, no. Quien la mató, no quería robar nada que hubiera en la casa, y, además, lo tenía muy bien pensado y planeado. Quería que pareciese que ella había caído a la piscina y se había ahogado. Así de fácil. Fácil... por un lado. Por otro lado, ha dejado una marca muy clara ese asesino.

—¿Qué..., qué marca?

—Pues, evidentemente, es alguien que deseaba la muerte de su esposa, señor Fitzgerald, lo cual siempre reduce mucho la masa de sospechosos.

—Sí... Entiendo. ¿Cree usted que yo deseaba la muerte de mi esposa?

—Caramba —farfulló Calder—, yo no he dicho eso. Sólo he venido a informarle de la nueva orientación del asunto, y a hacerle unas pocas preguntas, si le parece que está en condiciones de contestarlas.

—Sí... Sí, desde luego. Pero..., ¿soy sospechoso?

—Señor Fitzgerald, nosotros nos hemos encontrado con asesinatos de toda clase, y en la policía hay una especie de... norma que es fruto de la experiencia: cada vez que una mujer es asesinada, sospechamos, en primer lugar, del marido. Sin embargo, usted ya nos dijo todo lo que había estado haciendo anoche a partir de las ocho, hora en que su chófer le dejó delante del bar Pay Pay, y procederemos...

—Del Swamps... —murmuró Fitzgerald—. Charly me dejó delante del Swamps, teniente. Luego fui al Dorca's; y al Pay Pay fui más tarde, hacia las once. Fue ahí donde encontré a aquella chica, Alma. Ya sabe.

—Sí, sí. Bueno, es que como no tengo las notas a mano... Dígame: ¿alguien sale beneficiado con la muerte de su esposa?

James Fitzgerald sonrió secamente.

—Yo —dijo.

—Oh, bueno... Bien, ya le digo que procederemos a comprobar metódicamente todos sus pasos, por rutina, pero no dudo que todo resultará como usted nos dijo esta mañana. ¿Quién más sale beneficiado?

—Que yo sepa, nadie más. Soy el heredero de Alice, y eso es todo.

—Vaya, eso complica un poco la investigación. ¿Qué me dice del señor Beecher?

—¿Tony? —Se sorprendió Fitzgerald—. ¿Qué quiere que le diga? Es nuestro socio, un buen amigo desde hace muchos años... Con la muerte de Alice ni gana ni pierde.

—Según parece, por la parte económica no vamos a encontrar nada, ¿verdad? ¿Y por la parte sentimental? —¿Qué quiere decir?

—Bueno... Quizá había..., o había habido otro hombre, o alguna persona que odiase a su esposa... En fin, cosas así.

—Mi esposa, teniente, me hacía esas escenas y discutía tanto conmigo precisamente porque estaba celosa, así que dudo mucho que ella tuviese nada que ver con otro hombre jamás. En cuanto a lo de que alguien pudiese odiarla, pues... Bien, eso ya es otra cosa.

—Ah... ¿Qué quiere decir?

—Alice no era precisamente una persona... simpática. Lo cierto es que nunca supo ganarse las simpatías de nadie, y estas últimas semanas estaba tan insoportable, que incluso nuestros mejores amigos dejaron de visitarnos.

—Pero..., ¿la odiaba alguien?

—No lo sé... —Fitzgerald movió la cabeza tras unos segundos de reflexión—. No lo sé, de veras. Puede que sí... Quiero decir que eso ya no me sorprendería, pero no me atrevería a señalar a nadie, por supuesto. Trataba mal a todo el mundo. Siento tener que decirlo, pero ésa es la verdad.

Guy Calder permaneció en silencio unos segundos, con la mirada fija en la alfombra. Por fin, alzó la cabeza.

—Vamos a ir ahora a ver al señor Beecher —dijo—. Quizá él, que no está afectado tan directamente por esto, pueda sernos de más ayuda que usted, señor Fitzgerald. Supongo que tendremos que ordenar todos los datos de que disponemos, y por la mañana iniciaremos una investigación a fondo. Por favor, no avise al señor Beecher de que vamos para allá... En cuanto a usted y a sus criados, le ruego que permanezcan en Tampa, por si les necesitase de pronto, en cualquier momento.

—Así lo haremos.

—Gracias, señor Fitzgerald.

—Les acomp...

—No, no. Conocemos muy bien el camino. Buenas noches.

—Adiós...

CAPÍTULO VII

Afuera, escondido entre las flores que había bajo la ventana del despacho de James Fitzgerald, Mike Marquand oyó también la despedida, y se apresuró a alejarse de allí, buscando un lugar más seguro en el jardín para ocultarse a las posibles miradas del teniente Calder y el sargento Williams.

Bien escondido en las sombras, los vio salir de la casa, entrar en su coche y dirigirse hacia las verjas. Estuvo allí hasta que dejó de ver las luces rojas de atrás, y luego se dispuso a acercarse de nuevo a la ventana del despacho, porque algo le tenía verdaderamente intrigado: ¿dónde estaba Denis Merton? En el despacho, no, porque de haber estado allí, Calder lo habría acribillado a preguntas, desde luego. Y él no había oído la voz del hermano de Leticia.

Estaba ya deslizándose hacia la ventana, cuando oyó una voz a su izquierda, por delante, cerca de la casa. Se escondió de nuevo, acucillándose, y vio a dos hombres caminando apresuradamente hacia el jardín, pero desviados de la posición que ocupaba él...

—Adiós... —oyó la voz de Denis Merton—. Y no olvide que quiero el dinero cuanto antes.

—Lo tendrá, se lo aseguro —dijo Fitzgerald, con voz tensa.

Luego, Denis Merton se adentró en el jardín, y Mike le vio, como una sombra, saltar las verjas, hacia el exterior. Al parecer, él no era el único capaz de hacer aquello. En cuanto a Denis Merton, naturalmente. James Fitzgerald lo había ocultado al llegar la policía... Se volvió de nuevo hacia la casa, vacilando entre seguir a Merton o entrar a conversar con Fitzgerald. Parpadeó, sorprendido, al no verlo caminar hacia la casa, hacia la puerta de atrás, la que había utilizado para sacar a Denis Merton, claro...

Y de pronto, el coche apareció del interior del garaje, con las luces apagadas, y se dirigió a la salida de la villa. A la luz de la casa, Mike vio a James Fitzgerald al volante... Visto y no visto. El coche rodó hacia las verjas, y desapareció.

—Pues sí que soy yo un tío listo... —farfulló Mike. Me he quedado solo. Pero veamos, reflexionemos...

Reflexionó. En primer lugar, sabía muy bien adonde iría Denis Merton: al circo, a trabajar en la función de la noche, así que tenía tiempo para ir a hablar con él. En segundo lugar, ya no tenía tiempo de llegar a donde estaba su coche para seguir a Fitzgerald. Y en tercer lugar, solamente le quedaba Tony Beecher, que muy pronto iba a recibir la visita de la policía.

«Bueno, ¿y si voy para allá a ver si me entero de algo, tal como ha ocurrido aquí, y en el camerino de Leticia? Demonios, estoy resultando todo un orejotas. Y me parece que estoy haciendo de

verdad el payaso. Estaría bueno que el teniente Calder me viese por allá y sospechase algo de mí, y me metiesen en este lío... La culpa de todo la tiene Chacopec, naturalmente. ¡Hombre...! Si el teniente me ve, diré que he ido a partirle la cara a Beecher por insinuarle a mi padre que he sido yo quien ha dado el cambiazo de Chacopec... ¡Es una buena idea!»

Lo parecía, al menos.

Así que saltó las verjas, fue adonde tenía su coche y partió hacia el domicilio de Tony Beecher. También sabía dónde vivía éste: 3.060, Elberta Stret.

Tardó muy poco en llegar, pero en seguida comprendió que aunque se había dado prisa, ya era demasiado tarde para utilizar sus orejotas clandestinamente, porque los dos policías se estaban despidiendo de Beecher en el porche. Dio marcha atrás, buscando la sombra de unos árboles, y se acurrucó en el asiento, pero sin perder de vista el *bungalow* de Tony Beecher, que parecía una auténtica monería, con sus palmeras y todo.

«Apuesto —pensó—, a que ese pajarraco también se pega la gran vida. Pero el que va a pegar voy a ser yo si me dice delante de las narices lo mismo que le ha insinuado a mi padre... Y si le pego, me parece que sus narices no van a quedar precisamente para un concurso de belleza.»

La policía se fue, y Mike esperó todavía tres o cuatro minutos. Luego, salió del coche y llegó delante del *bungalow* de Beecher mirando a todos lados, sin saber exactamente por qué, ya que la policía se había marchado. Pero estaba inquieto... Tanto, que estuvo tentado de marcharse. Pero, tras titubear, siguió hacia la casa, y segundos después llamaba a la puerta.

Le abrió el propio Beecher, naturalmente, y se quedó mirándolo fijamente, fruncido el ceño.

—¿Qué desea, señor Marquand?

—Es usted un tacaño. Al menos podría tener un criado, digo yo.

—Eso no es de su incumbencia. ¿Qué desea?

—Esta mañana me pareció que era usted una persona educada, señor Beecher.

—Está bien; pase.

Beecher cerró la puerta, y señaló a Mike el corto pasillo que desde el recibidor iniciaba la distribución del *bungalow*. El cual no estaba nada mal, sin duda, pero Mike pensó que como socio de la joyería, Beecher podía vivir en una casa parecida a la de James Fitzgerald.

Pero como esta cuestión no le importaba lo más mínimo, en cuanto llegaron al salón se volvió y preguntó:

—¿Ha podido proporcionarle alguna pista a la policía?

—¿Yo? Claro que no. ¿Sabe usted lo que...?

—Asesinato —asintió Mike—. Es lo mismo que va a pasar aquí y ahora si usted sigue dándose las de listo, señor Beecher.

—¿Qué..., qué...?

Mike adelantó una de sus manazas, y asió a Beecher por la ropa, casi levantándolo.

—Señor Beecher: ¿quiere que le deje su linda cara hecha una porquería? No, ¿verdad? Bueno: pues va a llamar usted a mi padre y le va a decir que eso de que yo le he estafado es un cuento chino. ¿Me explico? Luego, hablaremos de todo eso del asesinato de la señora Fitzgerald. ¿De acuerdo?

—Suélteme —dijo fríamente Beecher, tras el sobresalto—. Yo no tengo que hablar con usted de nada. Y a su padre ya le dije lo que tenía que decirle.

—Se la está buscando, señor Beecher, de verdad.

—El que se la está buscando es usted. Ni mucho menos me creo que usted sea capaz de matarme, y puesto que cuando se vaya de aquí, yo seguiré con vida, le aseguro que le voy a echar encima a mis abogados y a toda la policía de Tampa si me toca un solo cabello.

—Vaya... ¿De manera que tiene usted agallas?

—Lo que tengo es la conciencia tranquila, señor Marquand. Piénselo bien antes de golpearme.

Mike frunció el ceño, y se quedó mirando fijamente los ojos de Anthony Beecher. Por fin, lo soltó y masculló:

—Está bien, le dejaré la cara entera. Pero volvamos a lo de Chacopec. Yo no...

—Mire, usted sabrá sus cosas, y yo las mías. Y una de las cosas que sé con seguridad —Beecher se arreglaba la ropa—, es que no he estafado a nadie jamás.

—Sin embargo, el ídolo es falso, señor Beecher.

—Si usted está convencido de eso, dígaselo a la policía.

—Pues me ha dado usted una gran idea, porque estoy harto de todo esto. Sí, quizá sea mejor ir a contarle a la policía todo lo que sé, y me parece que me voy a evitar muchos líos. ¿Está seguro de que ésa es su actitud?

—Segurísimo. No tengo nada que temer ni en el asunto de ese ídolo, ni, mucho menos, en el asesinato de Alice Fitzgerald. Así que haga usted lo que le dé la gana.

—Menos partirle la cara, claro.

—También eso entra en sus propias decisiones.

—Sí, señor —sonrió Mike—, tiene usted agallas. Vaya que sí. De acuerdo, iré a ver al teniente Calder.

—Salúdele de mi parte.

La sonrisa de Mike se amplió, observando detenidamente a Beecher. Movié la cabeza, dio media vuelta y se dirigió a la puerta del salón.

Beecher fue tras él, recorrieron el pasillo y llegaron al recibidor. El propio Mike abrió la puerta, dio un paso para salir y se volvió.

—Será mejor para usted... —empezó a decir.

¡Clock!, resonó fuertemente su cabeza.

Fue un trastazo tremendo, que lo empujó hacia Beecher, el cual lanzó una exclamación al ver aparecer al hombre por detrás de Mike, con la pistola en alto de nuevo. Mike consiguió mantenerse erguido tras el choque con Beecher, y se volvió... Es decir, casi se volvió, pues recibió el segundo trastazo, ahora en la barbilla, de lado, cuando comenzaba a vislumbrar, por entre brumas, al sujeto de la pistola. De nuevo resonó su cabeza, puso los ojos en blanco, y se desplomó de lado al suelo.

Incluso para él aquellos dos golpes eran más que suficientes.

Beecher había dado la vuelta, y corría por el corto pasillo, pero otro hombre había aparecido junto al primero, y le gritó, apuntándole con la pistola a la espalda:

—¡Quieto o disparo!

Beecher se detuvo en seco, y se volvió. Estaba muy pálido. Su mirada fue hacia los dos hombres, miró a Mike, de nuevo a los dos hombres... Uno de éstos cerró la puerta, y pasó por encima de Mike, con exquisito cuidado, acercándose a Beecher.

—No debe temer nada de nosotros, señor Beecher —dijo con aceptable amabilidad—; sólo venimos para acompañarle durante el viaje.

—¿Qué..., qué viaje?

—El que va a emprender usted ahora mismo. Vamos a recoger algunas cosas, las mete en una maleta y nos largamos. Y sin discusiones, ¿comprende?

—No...

—Bueno. De todos modos, vamos a preparar sus cosas. Oye, Tracy —se volvió hacia su compañero—, ve a buscar el coche y déjalo preparado para cargar el equipaje delante de la casa.

—De acuerdo, Geo.

El otro salió, y Tracy miró a Beecher.

—No tenemos mucho tiempo, señor Beecher.

—Pe... pero no..., no comprendo...

—Se lo explicaremos por el camino. De prisa. Mire, esto sí lo va a entender: o hace lo que le digo, o me verá obligado a matarle. ¿Lo entiende?

—Sí —palideció aún más Tony Beecher.

Y desde luego, ya no discutió más. Abrió el armario que había en el recibidor, y señaló hacia dentro.

—Tengo..., tengo mis maletas ahí dentro.

Geo Dobbins miró, asintió con la cabeza y sacó una maleta enorme, casi un baúl. Lo empujó con el pie hacia Beecher.

—Vamos a recoger algunas cosas. Usted sabe: camisas, calcetines, trajes... Lo que cogería usted normalmente para irse de viaje.

Beecher cargó con la maleta, fueron a su dormitorio, y comenzó a sacar cosas del armario, que fue depositando en la gran maleta, nerviosamente. Era tan grande que para llenarla tendría que vaciar el armario.

Estaba colocando un traje, bajo la impávida mirada de Geo Dobbins, cuando oyeron los pasos del otro, Tracy Smith, que apareció en seguida en el dormitorio.

—Todo preparado —dijo.

Geo asintió, y miró de nuevo a Beecher, que se había detenido para mirarlos, pero que reanudó en seguida su labor de seguir llenando la maleta.

Y así estaba, de espaldas, cuando Geo Dobbins disparó con su pistola con silenciador: plop, plop, plop, chascaron los tres disparos. Tony Beecher gimió, se crispó, intentó ponerse erguido..., pero el tercer disparo acabó de empujarlo, y quedó metido de cabeza en la gran maleta.

—Qué buena idea has tenido con esta maleta tan grande —dijo Tracy, desde la puerta—. ¿O no has pensado lo mismo que yo estoy pensando?

—He pensado lo mismo que tú estás pensando —sonrió Geo Dobbins—. Ayúdame.

Entre los dos, acabaron de colocar a Beecher dentro de la maleta, la cerraron y Tracy cerró sus dedos en torno al asa.

—Demonios —masculló al tirar hacia arriba.

—Es sólo hasta el coche —rió Geo.

Tracy sujetó el asa con las dos manos, y con la maleta por delante, ayudándose con las rodillas, la llevó fuera del *bungalow*. Delante mismo del porche estaba el coche, con la parte trasera hacia la casa, alzado el capó del portaequipajes. Metieron la maleta dentro entre los dos, cerraron y pasaron al asiento delantero.

—Aún nos queda trabajo por hacer —dijo Geo Dobbins.

—¿Y ese tipo que hay dentro de la casa?

—Déjalo. Tal como han ido las cosas, lo que diga sólo servirá para que parezca lo que nosotros queremos que parezca.

Y se fueron.

CAPÍTULO VIII

Mike Marquand volvió en sí, se sentó en el suelo y se llevó la mano a la cabeza. Cuando palpó el chichón en la parte posterior, soltó un gruñido... Y al mover la mandíbula, emitió otro... Luego, se quedó quieto y callado, cerrados los ojos, con un dolor de cabeza tal que llegó a pensar que se iba a morir de un momento a otro.

Por fin, con gran cuidado, se puso en pie y se dirigió hacia el interior de la casa. Localizó el cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y metió la cabeza bajo el agua fría, que fue empapándola, al mismo tiempo que sus ropas.

Cerró el grifo, agarró una toalla y salió. Se sentó en la cama y comenzó a secarse con cuidado, mientras miraba alrededor. Vio el armario abierto, parcialmente desocupado, también cajones abiertos, calcetines por el suelo...

—Total —dijo en voz alta—; que se ha largado.

La cabeza le retumbó como si dentro tuviese las más grandes catacumbas del mundo. Volvió al cuarto de baño, encontró aspirinas y engulló dos, con un trago de agua. Luego, volvió a sentarse en un ángulo de la cama, tratando de pensar.

¿Qué había pasado? Pues que alguien le había zumbado de lo lindo, eso era todo. Sí... El tipo aquel... Bueno, no le había visto bien; sólo había visto unos cabellos largos y lacios, y un rostro bronceado, confusamente.

¿Y Beecher? Naturalmente, aquel sujeto que le había golpeado debía ser amigo de Beecher, y luego se habían largado juntos, tras recoger Beecher apresuradamente algunas cosas.

—Lo mejor sería que fuese a ver al teniente Calder, y que sea él quien resuelva este lío.

Eso era lo más sensato, sin la menor duda. Pero..., ¿qué pasaría entonces con Leticia Merton? Al fin y al cabo, según parecía, su hermano estaba metido de algún modo en aquel asunto. Entonces, ¿no sería mejor ir antes a ver a Denis Merton, obligarle a decir lo que sabía y luego tomar la decisión final? Qué demonios: ¿por qué meter en un apuro a una chica que besaba como Leticia..., si podía evitarlo?

«Ni que estuviese loco», se dijo.

Salió, fue en busca de su coche y partió hacia Washington Square, Pensacola Beach.

Cuando llegó a la plaza Washington iba a pie. Había dejado el coche un par de manzanas antes, pues no quería llamar la atención de ninguna manera. Se acercó al circo, alrededor del cual había muy poca gente, pues el espectáculo estaba en todo su apogeo dentro de la construcción prefabricada. Estupendo.

Adquirió una entrada. ¿Por qué no esperar a Denis Merton

distrayéndose con el espectáculo?

Pero, apenas entrar por el estrecho pasillo hacia las gradas, lo primero que vio, enfrente, fue a dos hombres, que miraban con indiferencia a Sacarrisas, que quería matar el mosquito ante la algazara de los niños. De los dos hombres, a uno no lo conocía, desde luego. Estaba seguro. Pero, nada más ver al otro, al de los cabellos largos y lacios y rostro bronceado, por la mente de Mike Marquand pasó, como un relámpago, la imagen de lo sucedido en el *bungalow* de Tony Beecher: un golpe en la cabeza, un dolor intensísimo, un rostro borroso, bronceado, de cabellos largos y lacios..., y al mismo tiempo, el tremendo golpe en la barbilla.

En la cual, por cierto, le estaba saliendo un formidable hematoma.

Pero..., ¿era posible aquello? Si aquel tipo, o los dos, eran amigos de Beecher..., ¿qué hacían allí? ¿Acaso Denis Merton también conocía a Beecher, y éste le había enviado a sus amigos para que le dijese algo, ya que en el circo ambulante no había teléfono?

Retrocedió sin que los dos sujetos hubiesen reparado en él, y salió del circo.

La idea de avisar al teniente Calder volvió a aparecer en su mente, con insistencia. Pero de nuevo apareció la imagen de Leticia Merton, borrándolo todo. Luego, un pensamiento nuevo: ¿y si Leticia Merton era una inteligente granuja qué...? No, no, no. Mil veces no. Ella no sabía que él estaba escuchando la conversación con su hermano, así que no podía ser que hubiese estado representando una comedia... Era absurdo.

Dentro, en la pista, se oían risas y más risas. Mike Marquand sonrió también, encogió los hombros y tomó una decisión que ya era vieja: hablar antes que nada con Denis Merton. Luego, ya vería. Pero..., ¿y aquellos dos sujetos? Claro que podían ser figuraciones suyas, pero...

—Voy a esperar a ver qué hacen esos tipos cuando salgan.

Y se dispuso a esperar.

Las risas habían terminado. Ahora reinaba un silencio en verdad notable... Y de pronto, un grito de sobresalto proferido por el público: los Reyes del Aire debían estar actuando, provocando la emoción del público con sus vuelos acrobáticos... Más gritos de susto. Aplausos. Luego, otros gritos... Mike se imaginó a Leticia en el aire, girando al encuentro de las fuertes manos de su hermano Denis... Redoble frenético de tambores. Silencio brusco. Absoluto silencio... Y de pronto, el grito de alivio y admiración, la salva atronadora de aplausos, música, alegría...

Mike Marquand se dio cuenta, de pronto, de que estaba sudando, y que era debido a la imagen que, fugazmente, había pasado por su imaginación: Leticia girando en el aire, al encuentro de las manos de Denis; las manos se tocan, resbalan unas contra otras, la muchacha se

precipita hacia el suelo, se estrella contra éste con un chasquido de humanidad rota...

Se pasó la mano por la frente y suspiró, al ver salir al público, comentando con excitación el espectáculo. Y recordó que aquellos dos sujetos tenían que salir también, así que se apresuró a ocultarse tras la esquina del puesto de *hot dogs*.

Y en efecto, los vio salir y dirigirse directamente hacia el pabellón de las viviendas. Apenas hubieron entrado ellos, Mike fue a toda prisa hacia allá, entró y recorrió el pasillo hasta el camerino de Denis Merton, cruzándose con personal del circo...

—¡Fiiuuuuu... fiiiiuuu! —oyó el silbido.

Sonrió a las dos chicas, las mismas que le habían silbado por la tarde, llegó ante la puerta de Denis, y, sin pensarlo dos veces, entró.

En efecto, los dos tipos estaban allí, conversando con Denis Merton, y se volvieron al oír que alguien entraba.

Durante un instante quedaron tan sorprendidos que parecieron sendas estatuas. De pronto, lanzaron una exclamación y llevaron la mano derecha al sobaco izquierdo, a toda prisa...

Mike Marquand estaba ya en el aire, en un espectacular salto que pareció dejarlo suspendido, como flotando delante de los dos sujetos, casi tocando con la cabeza el techo del camerino, flexionadas ambas piernas...

La derecha salió disparada de un modo fulminante, a velocidad de auténtico disparo de bala, y el tacón del zapato de Mike golpeó en la punta de la barbilla a Geo Dobbins, en un impacto fortísimo, que le rompió la mandíbula, y, por percusión indirecta, la base del cráneo, matándolo en el acto y tirándolo contra la pared como un muñeco.

Tracy Smith lanzó un ahogado grito, mientras conseguía sacar la pistola y apuntar con ella a Mike, que caía entonces de su prodigioso salto. Smith disparó, pero la bala pasó por encima de la cabeza de Mike, que tras flexionar las piernas al llegar al suelo, cayó hacia delante, se volvió y se dispuso a lanzar otra patada, ahora hacia arriba, contra la mano de Smith. Este tuvo una clara visión de lo que iba a suceder, retrocedió vivamente, con tal torpeza, que estuvo a punto de caer, mientras apretaba de nuevo el gatillo.

Mike falló el golpe, mientras tanto, y palideció al oír el gemido de Denis Merton. Y al mismo tiempo, veía a Smith, apuntándole de nuevo...

Plop, chascó la pistola.

Y la bala pasó rozando la oreja derecha de Mike mientras éste giraba de nuevo y empujaba con potente manotazo uno de los taburetes del camerino hacia Smith, acertándole en la mano armada. La pistola saltó por el aire, Smith giró, se dio de bruces contra la puerta, rebotando y cayendo al suelo, justo cuando Mike se ponía en pie y se

abalanzaba contra él. Smith lanzó un chillido al ver aquel montón de músculos cargando contra él, comenzó a incorporarse..., y recibió en plena boca el tremendo *shuto* de karate, que volvió a tirarlo contra la puerta, como un guiñapo.

Mike parecía dispuesto a seguirlo, con una expresión que ciertamente no resultaba nada simpática, pero oyó el gemido de Denis, y se volvió rápidamente hacia él. Le vio de rodillas en el suelo, con las manos en el vientre, la cabeza hacia delante también tocando el suelo...

Afuera se oían voces, pero Mike no hizo el menor caso. Ni siquiera cuando a su lado oyó la voz de Leticia, aguda, tensa:

—¡Mike! ¿Qué ha...? ¡Denis!

La muchacha se arrodilló junto a su hermano, pero Mike la apartó.

—Con cuidado... —jadeó—. Creo que tiene una bala en el estómago...

Bueno, será mejor que me ayudes a ponerlo en la cama... Pero con cuidado. ¿Lleváis médico con vosotros?

—Sí... Sí, hay... Tenemos al...

Mike se volvió hacia los empleados del circo, que se agolpaban en la puerta del camerino.

—Vayan a buscar al médico... ¡Y que alguien llame al departamento de policía y pida que envíen aquí al teniente Calder!

CAPÍTULO IX

El teniente Calder llegó antes que la ambulancia que el médico había pedido, pues convenía llevar a Denis Merton a un hospital cuanto antes. Aseguró que no iba a morir, pero que por supuesto precisaba inmediatamente atención quirúrgica.

—Me ocuparé de ello —había dicho.

Mike había mirado a Leticia fijamente al quedar momentáneamente solos junto al herido.

—Escúchame bien... Tú no sabes nada de nada, ¿está claro? Ni de Fitzgerald, ni dónde vive... No sabes nada de nada, Leticia. A menos —su mirada pareció enfriarse—, que lo sepas todo.

—Pe... pero, Mike, yo..., yo no sé...

—De acuerdo. No sabes *nada de nada*.

Esta fue la respuesta que obtuvo el teniente Calder, que parecía no salir de su asombro por encontrar allá a Mike Marquand.

—¿Y usted tampoco sabe nada de nada, señor Marquand?

—Pues sé lo mismo que la señorita Merton —dijo Mike—. Es decir, sé algo más, puesto que fui quien se las vio con los dos tipos estos.

Calder miró el cadáver de Geo Dobbins, echó un vistazo por todo el camerino y volvió a mirar a Mike.

—¿Qué dos tipos? —masculló.

—Bueno, el otro debió recobrarse mientras todos andábamos por aquí medio locos, y puso pies en polvorosa.

Calder asintió con la cabeza y se acercó a Dobbins, acucillándose junto a él. Estuvo unos segundos mirando la hundida barbilla y la desorbitada expresión de dolor del cadáver. Se irguió y volvió a mirar a Mike.

—¿Lo ha matado usted?

Mike Marquand bajó la cabeza, muy pálido.

—No era mi intención... Pero vi que sacaba una pistola, y... Bueno, pues... salté.

—¿Saltó?

—Sí. Le..., le di un golpe con un pie...

—¿Qué clase de golpe?

—Pues... Bueno, teniente, supongo que de todos modos se enterará usted: soy tercer dan de karate.

Calder abrió mucho los ojos. Luego, agitó una mano con cómico gesto admirativo.

—Bueno, señor Marquand, supongo que usted comprende que deberá afrontar esta muerte. El hecho de que dos hombres estuviesen molestando al señor Merton le favorecerá, qué duda cabe, pero... ha matado usted a un hombre. Y me temo que tendrá que venirse conmigo al departamento, para explicarnos bien lo sucedido.

—Ya se lo he explicado... Me gusta el circo, estuve esta tarde aquí, conocí a los Merton y esta noche decidí volver...

—¿Dos funciones de circo en un mismo día?

—Bien... No era precisamente el circo lo que me impulsó a venir esta noche —murmuró Mike, mirando de reojo a Leticia.

—Ah... Sí, entiendo —Calder parpadeó tras mirar el bello cuerpo de Leticia, todavía con las mallas negras moldeando su escultural figura... Entiendo. Eso lo entiendo... Lo que no entiendo es qué querían estos dos hombres del señor Merton.

—No lo sé. Fui a saludar a la señorita Merton a su camerino, y, como no estaba allí, pensé que estaría hablando con su hermano, así que vine a este camerino, entré y me vi a los dos tipos, discutiendo con Denis Merton. Al verme, comenzaron a sacar sus pistolas, y yo... reaccioné... supongo que con cierta lógica, ¿no?

—No hay nada más lógico en el mundo que el instinto de conservación —admitió Calder—. Pero tendrá que venir conmigo, señor Marquand.

—¿Ahora mismo?

—La ambulancia llegará pronto, y supongo que la señorita Merton se irá con ella al hospital. Ya imagino que le gustaría ir con ella, pero tengo que cumplir con mi deber. Estoy seguro de que usted lo entiende, señor Marquand.

—Desde luego —murmuró Mike, tendiendo las manos.

—Oh, vamos... —sonrió amablemente Calder—. No voy a esposarle, ni mucho menos. Por varios motivos... Uno de ellos es que no me cabe la menor duda de que usted ha defendido su propia vida, así que no tengo por qué considerarlo como a un delincuente peligroso habitual. Otro motivo, es que todo quedará bien claro cuando el señor Merton pueda decir lo que querían esos dos sujetos. Y otro motivo todavía, muy bueno, es que usted tiene derecho a hacer una llamada, que dará lugar a que muy pronto aparezcan por el departamento los abogados de su padre, que le sacarán libre antes de que pasen muchas horas. ¿Nos vamos ya?

—¿Puedo despedirme en privado de la señorita Merton?

La vacilación de Calder fue clarísima, pero acabó por asentir.

—Sí, claro... Ya oigo la ambulancia... Le espero afuera.

Calder salió, y Mike tomó por los brazos a Leticia.

—No digas nada... —susurró—. Tu hermano está en un lío muy grande, Leticia, te lo aseguro. Déjame hacer a mí, y a los abogados de mi padre cuando llegue el momento.

—Sí... Pero no sé..., no sé por qué haces esto...

—Por ti. Escucha bien: no te separes de tu hermano, y en cuanto esté en condiciones de hablar, me avisas. Llama a mi casa y pregunta por Edward; es mi ayuda de cámara... Bueno, qué demonios, es mi viejo

amigo Eddy, ¿comprendes? Él sabrá siempre dónde estaré yo. Y tú sólo tienes que decirle que Leticia Merton me ha llamado. Olive Boulevard, número 980. ¿Lo entiendes, Leticia?

—Sí... Sí. Mike, me..., me estás protegiendo de algo... ¿Verdad? —Sí.

—Pero, ¿por qué?

—Me gustó lo que vi esta tarde, y me gusta cómo aprendes a besar — casi sonrió Mike—. Ahí llegan los camilleros... Adiós, Leticia.

Leticia Merton parpadeó. Luego, se alzó sobre las puntas de los pies y besó a Mike Marquand en los labios.

Y Mike Marquand pensó que era una estupenda alumna, que aprendía muy rápidamente.

CAPÍTULO X

Considerando todas las circunstancias, la personalidad del detenido y la oferta de la fianza necesaria, los abogados de Adam Marquand no tardaron mucho en sacar del departamento de policía a Mike Marquand. Especialmente, porque el teniente Calder no puso la menor objeción, después de conseguida una completa y bien expuesta explicación de lo ocurrido en el camerino de Denis Merton..., y de recibir un informe de Miami en el que se decía con toda claridad que Geo Dobbins, el hombre muerto de una patada, estaba fichado, requetefichado y superrequetefichado y con pésimos antecedentes.

Así que, todavía no era la una de la madrugada cuando Mike llegaba a su casa, donde solamente dos personas le esperaban: su fiel Eddy, en el vestíbulo, y su padre, en el despacho.

—¿Y tía Sally y tía Polly? —preguntó Mike.

—Oh, nadie les dijo nada, Mike. Están durmiendo.

—Magnífico. Escucha, en cualquier momento puede llamarme una chica llamada Leticia Merton. Sólo te dirá que me digas que ha llamado, y tú sólo tendrás que decirme eso. Si salgo de casa, te diré dónde puedes encontrarme, o te iré llamando. ¿De acuerdo?

—Sí, Mike. ¿Estás bien?

—Sí, hombre, sí... Ve a dormir. Yo voy a ver a papá. ¡Me espera una buena!

Pero, cuando entró en el despacho de su padre, éste parecía extraordinariamente sereno, sosegado. Lo miró fijamente, sentado a su mesa, y musitó:

—¿Estás bien?

—Sí, papá.

—Bueno. ¿Crees que tengo algún derecho a saber en qué clase de líos se mete mi hijo?

—Sí —murmuró Mike—, lo creo. Pero me gustaría que tuvieses confianza en mí y esperases a que yo quiera explicártelo todo.

—Aceptado... —asintió Adam Marquand—. ¿De modo que has matado a un hombre?

—Sí.

—¿Y eso no te sugiere nada?

Mike Marquand se mordió los labios antes de musitar:

—Que la vida no siempre es divertida, sino en ocasiones muy dura, desagradable y triste. Y que, sea como sea, siempre hay que afrontarla en todos los aspectos.

—Buenas noches, Mike.

—Buenas noches, papá. Y gracias.

CAPÍTULO XI

Por la mañana, Edward le llevó el periódico a Mike a su habitación, pero esperó a que Mike terminase su matutina *kata* de entrenamiento de karate, y se dirigiese sudoroso hacia el baño, para decirle:

—Hoy sí pone algo interesante el periódico, Mike.

—¿Habla de mí?

—Ha sido inevitable, supongo. También hablan de la Fitzgerald & Beecher Jewelry. Es bastante largo, pero puedo resumírtelo, si quieres.

—Buena idea.

Entró en el cuarto de baño y se metió bajo la ducha. Edward se sentó en el taburete y, seguro de que Mike le estaba escuchando, explicó:

—El señor Beecher se ha marchado de la ciudad, así que la policía lo está buscando, acusado del asesinato de la señora Fitzgerald. Fueron anoche para aclarar algunos puntos con él, y encontraron la puerta abierta, la casa vacía, el armario con poca ropa... Al parecer, el señor Beecher se marchó apresuradamente después de que la policía le visitó para notificarle que la señora Fitzgerald había sido asesinada, que no se trataba de una muerte accidental. Esto es todo, en resumen.

—¿Ha llamado Leticia?

—No.

Mike terminó de ducharse y comenzó a secarse, lentamente, pensativo, contemplado por Edward. Había algo que desde luego no estaba nada claro en aquel asunto. Evidentemente, Denis Merton estaba en tratos con James Fitzgerald. Y entonces..., ¿por qué huía Tony Beecher? ¿Y había sido Beecher quien había enviado a los dos tipos amigos suyos a buscar a Denis Merton? ¿Por qué? ¿Para qué?

Una nueva idea apartó bruscamente las demás: ¿y si aquellos dos tipos no eran amigos de Beecher? En ese caso, quizá habían ido a por él para perjudicarlo, del mismo modo que debían querer perjudicar a Denis Merton... ¿Y quién podía querer perjudicar a Denis Merton?

—Eddy —dijo de pronto—, llama a la casa de los Fitzgerald y pregunta si el señor Fitzgerald puede recibirme esta mañana.

—Muy bien, Mike.

Edward regresó al baño cuando Mike estaba terminando de afeitarse, todavía desnudo.

—El señor Fitzgerald no está en casa. Han dicho que salió esta mañana temprano, antes de las ocho.

—¿Adonde fue?

—No lo saben. Pero parece ser que el señor Fitzgerald puede estar ultimando los preparativos para el entierro de la señora Fitzgerald, que será mañana, seguramente.

—O puede estar en la joyería... Llama allá a ver. Si te contestan, no digas nada; cuelga.

Terminó de afeitarse, se peinó y salió del cuarto de baño. Sobre la cama tenía ya la ropa preparada para aquel día, que comenzó a ponerse, mientras Edward colgaba el auricular del teléfono de la mesita de noche.

—Hay alguien en la joyería, sí —dijo.

—Vaya... Que estuviese abierta ayer, aunque sólo fuese por la mañana, lo entiendo, porque los dependientes abrieron al llegar Beecher, que aún no debía saber nada... Luego, Beecher recibió la llamada de Fitzgerald, y se fue hacia la casa a toda prisa, sin pensar en nada más... Lógico. Pero que esté abierta hoy..., ¿no te parece un detalle de mal gusto, Eddy?

—Sin duda.

—Te iré llamando de cuando en cuando —dijo Mike, terminando de vestirse—. Y durante el día de hoy, nada de conversación con mis amigas, las que siempre me llaman... ¿Comprendes? Quiero mi teléfono libre, para que atiendas solamente a Leticia Merton y a mí.

—Descuida, Mike.

—Vale.

Cinco minutos más tarde, Mike Marquand abandonaba la quinta y se dirigía hacia el centro de Tampa. Llegó a Worker Street, detuvo el coche delante de la joyería y se quedó mirándola, sorprendido; en la puerta colgaba el cartelito de «Cerrado». Y claro que estaba cerrada, y no se veía a nadie dentro...

Saltó del coche, se acercó, hizo pantalla con las manos y miró al interior. Seguro, no había nadie. Entonces..., ¿quién había contestado a Eddy por teléfono?

Pulsó el llamador, pero nada sucedió. Volvió a llamar, llamó otra vez, insistió... Por fin, del interior de la tienda apareció un hombre, acercándose. Se detuvo ante él, al otro lado del cristal, y señaló el cartelito de «Cerrado». Luego, de pronto, pareció sobresaltarse y abrió rápidamente la puerta de cristal a prueba de balas.

—Señor Marquand, perdone... No le había reconocido.

Mike colocó ante las narices del hombre a Chacopec.

—¿Y esto? ¿Lo reconoce, señor Nadelman?

Arthur Nadelman parpadeó y pareció más que nunca un ratoncito asustado. Era menudo, delgado, casi completamente calvo, llevaba lentes, y, siempre, siempre, siempre, una flor en el ojal. Su aspecto era impecable. Insignificante, pero impecable.

—Bueno... Es Chacopec..., ¿no?

Mike le empujó suavemente, entró y cerró la puerta. Se quedó mirando con fijeza al hombrecillo.

—Usted, señor Nadelman, es la eminencia gris de Fitzgerald & Beecher, ¿no es así? Quiero decir que todos esos modelos de joyas, tan exclusivos, y que tanta fama ha dado a la joyería, son obra de usted...

¿Cierto?

—Pues..., sí. Sí, sí.

—Es decir, que el noventa por ciento del prestigio de esta firma está basado en su trabajo. Trabajo bellissimo, por el que no recibe usted los merecidos elogios, ya que siempre está en sus talleres, trabajando, creando. ¿Cierto?

—Bueno, señor Marquand —sonrió Nadelman—, realmente es usted muy amable...

—Y usted entiende mucho de joyas y cosas de ésas, ¿no?

—Bueno... Sí, obviamente.

—Pues bien: ¿este es el Chacopec que fue valorado en un millón de dólares por sus... cualidades de obra de arte con una antigüedad de seis siglos? ¿Es éste, señor Nadelman? Porque si no...

—¿Otra vez usted, Marquand? —sonó la voz de Fitzgerald, en el fondo de la tienda—. Se está poniendo muy pesado con eso... ¡Ya le hemos dicho que es el auténtico!

Mientras hablaba, James Fitzgerald caminaba hacia la puerta, haciéndose perfectamente visible a Mike, que ladeó la cabeza.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—¿Yo? —se sorprendió Fitzgerald—. Esta es una buena pregunta. ¿Dónde quiere que esté?

—Bueno... No sé... En su casa, ¿no?

—La noticia del... asesinato de Alice ha sido publicada esta mañana, comprendí que iban a molestarme muchas personas con llamadas telefónicas, incluso periodistas. Así que como tenía intención de tener la joyería cerrada unos días, me vine aquí..., donde esperaba no ser molestado, y distraerme de penosos pensamientos.

—Bueno, me parece bien. Pero respecto a Chac...

—Señor Marquand —interrumpió Nadelman—, ¿me permitiría usted examinar en mi taller este ídolo? Sólo tardaré unos minutos en responder con toda certeza a su pregunta de antes.

—Me parece bien —se lo tendió Mike—; estoy harto de andar con este cacharro por todas partes. Espero, señor Nadelman. En cuanto a usted, señor Fitzgerald, quisiera hacerle unas preguntas... relacionadas con Denis Merton.

—¿Con quién? —palideció Fitzgerald—. No conozco a nadie que se llame así.

—¿Está seguro?

—Desde luego.

—En ese caso, no le importará a usted que yo le diga a la policía que Denis Merton le visitó a usted dos veces durante el día de ayer, que una de esas veces fue después de llamarle por teléfono, y que cuando el teniente Calder estuvo en su casa, usted escondió a Denis Merton y que luego éste se marchó saltando las verjas... No le importará que le

diga eso al teniente Calder, ¿verdad?

—Las mentiras que usted diga no son de mi incumbencia. Ya se entenderá con la policía..., igual que anoche, con lo sucedido en ese circo.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Lo que dicen los periódicos. Parece usted un hombre temible, señor Marquand, pero a mí no me asusta. En cuanto a la policía, más que molestarme a mí, espero que se dedique a buscar a Tony Beecher.

—Quizá no lo encuentren nunca.

—¿Por qué no?

—Quizá está muerto. Y quizá alguien quería que también muriese Denis Merton.

—¿Qué está insinuando?

—Estoy insinuando que ahora, tal como están las cosas, la joyería es sólo de usted. Fue el último en llegar, y, muerta su esposa y desaparecido... o muerto Tony Beecher, todo se queda para usted.

—¡Le voy a demandar! —Jadeó Fitzgerald—. ¡Le...!

—Señor Marquand —regresó Nadelman con sorprendente prontitud—. ¿A qué está usted jugando?

—¿Qué...?

—Este ídolo es el auténtico. ¡Santo cielo, ya lo creo que es el auténtico! Y estoy dispuesto a sostener lo que digo delante de su padre y de quien sea.

—¿Delante de mi padre? ¡Hombre, me gustaría ver eso!

—Estoy a su disposición cuando guste.

—¿Ahora? —propuso Mike.

—Ahora mismo —aceptó Nadelman.

—Bien... Tenía pensado ir al hospital al salir de aquí después de aclarar algunas cosas con el señor Fitzgerald, pero... Está bien, vamos a ver a mi padre. Mientras tanto, señor Fitzgerald, reflexione sobre lo que debe decirme cuando vuelva a verle.

—No tengo nada que reflexionar.

—De todos modos, le concederé unas cuantas horas... Vamos, señor Nadelman.

Salieron de la tienda, y Nadelman señaló hacia el coche de Mike.

—Me parece —dijo—, que le están poniendo una multa.

CAPÍTULO XII

Adam Marquand alzó la mirada, miró a Nadelman, miró a Mike y volvió a mirar a Chacopec, colocado ante él sobre la mesa del despacho.

—No lo entiendo... —murmuró—. ¡No lo entiendo!

—¿Qué es lo que no entiendes? —gruñó Mike.

—Mmm... Bueno, hijo... Bien, verás...

—¡No me digas que es el auténtico Chacopec! —estalló el gigante rubio.

—Pues... Vaya, no..., no comprendo cómo..., cómo he podido equivocarme... de este modo...

—¿Puedo servirles en algo más? —preguntó amablemente Arthur Nadelman.

—No... —movió la cabeza Adam—. No, no. Ha sido usted muy amable, señor Nadelman. Gracias... Y perdone. Pero...

—Si acaso, presente sus disculpas a Fitzgerald & Beecher —sonrió Nadelman—. Yo sólo soy un empleado de la casa. Celebro haberle sido útil, señor Marquand.

Se puso en pie y Mike le imitó, mirando furiosamente a su padre, que estaba en verdad desconcertado y no poco humillado.

—Le llevaré al centro, señor Nadelman —dijo Mike—. Y si quiere, le compraré unos caramelos, para que no me guarde rencor.

—Cualquiera puede equivocarse... —dijo Nadelman—. Adiós, señor Marquand.

—Adiós... Adiós, adiós —respondió éste, con la mirada fija en el ídolo.

Hacia el cual se inclinó Mike, y dijo:

—Chacopec —se llevó la mano a la boca—: ¡prrrrrtt! Hasta luego, experto en ídolos incayas —miró socarronamente a su padre.

—Yo habría jurado...

—¡Ah, no! —respingó Mike—. ¡Más rollos, no! Larguémonos de aquí a toda prisa, señor Nadelman.

Salieron del despacho, poco menos que corriendo Mike, y llevando de un brazo a Arthur Nadelman como si fuese un muñequito... Pero, al mismo tiempo que corría, Mike veía a Edward, haciéndole señas.

—Perdone un momento —soltó a Nadelman.

Se reunió con Edward al pie de la escalinata de mármol, y movió la cabeza con gesto interrogante.

—Esa señorita acaba de llamar, Mike.

—Estupendo... Precisamente ahora mismo iba a verla al hospital...

—Ella dice que te espera en la cafetería.

—¿En la cafetería del hospital?

—Sí, claro.

—Bueno... Caramba, ¿por qué me sorprende? No veo que esto tenga nada de raro. Gracias, Eddy. Hasta luego.

CAPÍTULO XIII

—Hola —saludó sentándose a la mesa, delante de Leticia—. ¿Cómo está Denis?

—Bien... —sonrió ella, fatigada—. Ya es seguro que se salvará.

Mike Marquand asintió con la cabeza, escrutando atentamente a la muchacha. En verdad parecía cansada, pero estaba tan hermosa como siempre, mirándole con aquellos ojos tan grandes, tan verdes... Mike deslizó una mano por encima de la mesa y tomó una de Leticia.

—Me alegro mucho, de veras, Leticia.

—Mike, nos están... vigilando. Un policía.

—No importa eso.

—También hay otro policía delante de su cuarto, y de cuando en cuando entra a ver cómo está Denis. Mira, el que me vigila aquí es aquel que...

—Te digo que no importa. ¿Quieres más café? —señaló la taza vacía de ella.

—No, no... Mike —bajó la voz—, he podido hablar con mi hermano, en un momento en que estábamos solos. Me..., me ha explicado todo lo que sabe, y yo le he dicho que antes de hablar con la policía, quería saber qué nos aconsejabas tú.

—Has hecho muy bien —se animó Mike—. ¿Qué te ha contado?

—Es horrible... ¡Si lo que Denis me ha dicho es cierto, es horrible, Mike! Parece..., parece que ese señor James Fitzgerald fue quien asesinó a su esposa...

—Creo que en eso Denis está equivocado, Leticia. El señor Fitzgerald estaba con una chica de un...

—No. No, no, no... Denis dice que está seguro de que la mató Fitzgerald, y que por eso fue a pedirle... cincuenta mil dólares y luego, por la tarde, le..., le llamó para pedirle cien mil en lugar de cincuenta mil.

Mike se pasó la lengua por los labios.

—¿Te das cuenta de que eso convierte a tu hermano en un chantajista? —susurró.

—¡Tenía tantos deseos de dejar el circo...! La gente cree que es una vida muy alegre, feliz, despreocupada... Y es una vida muy dura. Muy dura, Mike. Pero Denis es bueno, él sólo quería que yo dejase de jugarle la vida, él sólo pretendía...

—Está bien, lo entiendo. Y procuraremos arreglarlo todo. Dime ahora todo eso. Pero debo decirte antes que Fitzgerald tiene una coartada perfecta, estoy seguro. Si se la dijo a la policía...

—Pero precisamente si tiene esa coartada es porque mi hermano le ayudó.

—Le ayudó..., ¿a qué? —palideció Mike.

—Denis ocupó el lugar del señor Fitzgerald.

Mike abrió la boca, y se quedó así durante unos segundos. Luego dijo:

—Mira, cuéntamelo todo seguido, y yo me limitaré a escuchar con toda mi atención, y a lo mejor lo entiendo. Empieza.

—Pues el señor Fitzgerald esperó a mi hermano hace unos días, cuando él salía a dar una vuelta, y le dijo que quería proponerle un buen asunto, y muy divertido. Dijo que había visto uno de nuestros carteles de anuncio, y que se había quedado muy sorprendido, porque mi hermano se parece mucho a él...

—Eso es una broma —sonrió Mike.

—No, no... Denis también lo pensó así, pero Fitzgerald le dijo que no, y se lo demostró. Le dio a mi hermano una barba postiza y un tinte para los cabellos... Bueno, fueron a un almacén, o algo así, y allá, Denis se puso la barba postiza... Dice que cuando se vio así, se quedó mudo de asombro. Y desde luego, tuvo que darle la razón al señor Fitzgerald. Fitzgerald le dijo que si se teñía los cabellos, y se ponía uno de sus trajes, podía pasar por él fácilmente, sobre todo en lugares donde no conociesen personalmente a ninguno de los dos. Le dijo a Denis que era una broma para unos amigos, y le ofreció dos mil dólares por simular que era él durante poco más de dos horas...

—¿Sólo dos horas?

—Sí. Denis aceptó, desde luego. Lo único que tenía que hacer era ponerse la barba con bigote, teñirse el cabello, que podía ser desteñido luego con un simple lavado, y ponerse un traje del señor Fitzgerald. Así lo hizo, y, a la hora convenida, las nueve menos cuarto, entró en un club llamado Dorca's. Debía permanecer allí hasta las once. Luego, sólo tenía que marcharse, destruir el traje, la barba, el tinte para los cabellos, y ahí terminaba su trabajo. Al principio, Denis se resistía, pero el señor Fitzgerald le pagó por adelantado, así que acabó por aceptar. Luego...

—Espera un momento, espera... ¿Dices que tu hermano estuvo en el Dorca's desde las nueve menos cuarto hasta las once?

—Sí. Tenía que ir bebiendo y, si alguien le quería hablar, tenía que refunfunar, enviar al demonio a quien fuese y seguir bebiendo solo. Y así lo hizo.

—Eso quiere decir que James Fitzgerald tuvo dos horas y cuarto durante las cuales todos creían..., es decir, creerían más adelante que había estado en el Dorca's... Dos horas y cuarto. Más que suficiente para ir a su casa, asesinar a su mujer y volver al centro... Una vez allí, esperó a que tu hermano saliese del Dorca's y se fuese al circo. Entonces, él, como si fuese el mismo hombre que acababa de salir del Dorca's, fue al otro sitio, el... Pay Pay. Sí, eso es... Allá, se le acercó una de las chicas, y el señor Fitzgerald aceptó pasar la noche con ella, con lo cual su coartada quedaba perfecta. Podría demostrar que, desde

que se fue aquella mañana de su casa, no se había acercado por allí... Pudo, sin embargo, ir a su casa, cloroformizar a su mujer, tirarla con la silla de ruedas dentro de la piscina, regresar al centro, ver cómo tu hermano salía del Dorca's y entrar él en el Pay Pay, simulando que ya iba bastante bebido...

—Eso es exactamente lo que Denis pensó cuando a la mañana siguiente quiso ver al señor Fitzgerald.

—¿Para qué quiso verlo?

—Quería preguntarle si podía quedarse el traje en lugar de deshacerse de él, porque estaba en muy buen estado. Lo demás no tenía importancia, pero el traje era casi, nuevo. Entonces, vio a la policía, estuvo esperando y cuando la policía se fue...

—Ya sé... Sí, eso lo sé: vio a Fitzgerald, se enteró de lo que había sucedido y comprendió... Y le dijo que sabía que él tenía algo que ver con la muerte de Alice Fitzgerald, y le pidió los cincuenta mil dólares.

—Sí —musitó Leticia.

Mike Marquand encendió un cigarrillo.

—Entonces... —murmuró, expeliendo el humo—. Sí, entonces Fitzgerald tuvo la «gran» idea final: contrató a dos asesinos profesionales y los envió a buscar a Tony Beecher... A matarlo. Debe estar muerto, enterrado ya, o en el fondo del mar... Pero simularon que se había escapado, para que la policía sospechase de él. Y después, esos dos hombres tenían que matar también a tu hermano... Así, quedaba libre de su esposa, de su socio y de un... chantajista que le había sido útil, que sabía la verdad. ¡Por Dios...!

—¿Qué vamos a hacer, Mike? ¿Qué le pasará a Denis?

—No lo sé... Tienes que entenderlo: él ha estado encubriendo un asesinato, Leticia, pensando en su exclusivo beneficio. Pero podríamos... Espera. ¿Dices que la policía aún no sabe nada de esto?

—No. Denis sólo ha hablado conmigo. Y no dirá nada más hasta que yo vaya a decirle lo que tú nos aconsejes.

—Va a ser un consejo muy duro: que se lo diga todo a la policía..., pero no antes de que los abogados de mi padre estén presentes. Te los enviaré. Son excelentes abogados, y conseguirán la mínima pena para Denis. Mira, Leticia, yo soy un *playboy*, vivo alegremente, quizá de un modo estúpido en ocasiones, pero... la ley es la ley. Este es mi consejo. ¿Lo aceptas o lo rechazas?

—¿Siempre eres así de recto, de íntegro?

—En definitiva, sí. Incluso conmigo mismo. Soy un chico que se les da de listo, pero cuando algo es diferente a como yo lo he estado viendo hasta el momento, admito mi equivocación, y acepto las consecuencias. Lo demás es un error, una imbecilidad. El sol sale de día, la luna de noche. Es de idiotas luchar contra esto, y es de idiotas luchar contra la verdad. ¿Me entiendes?

—Esperaré a tus abogados —susurró Leticia.

—Espérame aquí. Voy a llamar desde ese teléfono —señaló el de la cafetería.

Segundos después, marcaba el número del despacho privado de su padre.

—Soy yo, papá; tu único hijo. Necesito... ¿Qué?

—Oh, bueno, está bien, no insistas en eso, que ya quedó solucionado.

—¡...!

—Mira, papá, como dijo el señor Nadelman, cualquiera puede equivocarse...

—¡...!

—Ah... ¿Tú no? Pues te felicito, porque eres mucho mejor que yo. ¡Al demonio, mecachis, tú puedes decir que ése no es el mismo ídolo de Chacopec, pero yo sé que es el mismo que me dieron, el mismo que he estado paseando por toda Tampa...! Escucha, papá, ya hablaremos de eso. Ahora, necesito a nuestros abogados.

—¿...?

—Ya te lo explicaré. Llámalos, y diles que vengan al Hospital Central, que pregunten por Denis Merton y que se pongan en contacto con él y con su hermana, Leticia Merton. Y tiene que ser ahora, papá.

—¿...?

—Me pareció que confiabas en mí.

—Gracias, viejo tigre. Saludos a Chacopec. Colgó, regresó a la mesa y tomó a Leticia de un brazo.

—¿Qué...?

—Arreglado. Ve con tu hermano y esperad allí a los abogados. No abráis la boca hasta que lleguen ellos. Pero, a partir de ese momento, no digáis nada que no sea la verdad. ¿Sí?

—Sí, Mike.

—Pues hasta la vista.

—Pero..., ¿adónde vas?

—De paseo.

Detuvo el coche delante de la joyería, saltó a la acera y un instante después pulsaba el llamador. También en esta ocasión tuvo que insistir repetidamente, y golpear el cristal irrompible con los puños... Finalmente, distinguió la silueta elegante de James Fitzgerald apareciendo en el fondo del local.

James Fitzgerald llegó ante él, le miró con el ceño fruncido y acabó abriendo, de pésimo talante.

—Escuche, señor Marquand...

—Usted me escuchará a mí. Nos vamos a ir los dos ahora mismo a ver al teniente Calder. Así que dígame al señor Nadelman que se haga cargo de...

—Nadelman no está. Me llamó, me dijo que usted lo había dejado en el centro y que se iba a su apartamento, pues no se sentía muy bien. En cuanto a usted, estoy harto de...

—¿Ve este puño, señor Fitzgerald? —Mostró Mike el derecho, grande como un barril—. Pues se lo voy a meter en el estómago hasta los tobillos si no viene conmigo a decirle al teniente Calder que usted asesinó a su esposa mientras Denis Merton se hacía pasar por usted, durante dos horas y pico, en el club Dorca's. ¿Qué decide?

James Fitzgerald bajó la cabeza, y estuvo unos segundos inmóvil, lívido... Parecía un muerto puesto en pie.

—Está bien —susurró—. Iré con usted, señor Marquand. Después de todo lo que ha pasado...

Ya no dijo más. De pronto, lanzó un rechazazo fortísimo a la barbilla del desprevenido Mike, casi derribándole contra el escaparate, y, sin esperar a más, salió corriendo de la joyería, hacia el coche deportivo del rubio gigante.

Y estaba a mitad de camino entre la joyería y el coche cuando, de pronto, alzó los brazos, y de un modo grotesco, increíble, retrocedió, en un salto fantástico, que le llevó contra el gran cristal del escaparate principal, volando como lanzado por un huracán. Rebotó allí, cayó de bruces, y quedó inmóvil. Al mismo tiempo, Mike salía de la joyería, y, cerca de la esquina, un coche se ponía en movimiento a toda velocidad de salida, rugiendo poderosamente su motor...

—¡Marquand! —gritó alguien—. ¡Al suelo!

Volvió la cabeza, y vio a tres hombres saliendo de un coche estacionado no muy lejos del suyo, y junto al cual estaba el agente de tráfico que en dos días le había multado dos veces... En el acto reconoció al teniente Calder y al sargento Peter Williams, que corrían hacia el centro de la calzada, con las pistolas ya disparando hacia el coche que había arrancado tan velozmente, y que iba en línea recta hacia ellos...

Mike Marquand no se tiró al suelo, siguiendo el sensato consejo del policía, sino que, de pie, como petrificado, presenció la escalofriante escena: el coche parecía a punto de alcanzar a los policías, y aplastarlos, cuando el cristal delantero saltó en miles de diminutos pedacitos brillantes, reventado por los disparos de Calder y los otros dos... Inmediatamente, el coche perdió la dirección, se subió a la acera, bajó de nuevo a la calzada, subió a la acera de enfrente..., y allá se estrelló contra una de las farolas del alumbrado público, con gran estruendo.

—¡Sáquenlo del coche! —gritó Calder—. ¡Con cuidado, aún podría disparar!

Y mientras Williams y el otro corrían hacia el coche estrellado contra la farola, él lo hizo hacia Mike. Pero pasó por su lado sin mirarle, y se arrodilló junto a James Fitzgerald, dándole la vuelta. Sólo entonces reaccionó Mike, y fue a arrodillarse junto al policía, demudado el rostro.

Cuando miró a Fitzgerald, se estremeció. Tenía en el pecho un boquete tremendo, y por supuesto, estaba muerto. Calder refunfuñó algo, miró a Mike, y acabó por lanzar una imprecación.

—¿Y ahora, qué? —gruñó—. ¡Si usted hubiese...!

—Yo se lo explicaré todo —musitó Mike.

—¡Vaya si lo hará! Maldita sea, ¿qué demonios ha estado haciendo usted, a qué clase de juego...?

—Lo siento. No esperaba una cosa así... Sólo quería llevárselo de una oreja al Departamento: él mató a su esposa.

—¿Podrá probar eso, señor Marquand?

—Sí... ¿Me estaban vigilando a mí o a él?

—A usted. Le hemos estado siguiendo. Un hombre que se ve metido en un asunto con gente de la catadura del que mató, tenía que saber algo especial. Los tipos como el tal Geo Dobbins no andan por ahí metiéndose con saltimbanquis, así por las buenas. Usted estaba allí, usted estaba en casa de los Fitzgerald, usted...

—Está bien, está bien. Pero..., ¿puede usted explicarme lo que ha pasado ahora?

—Han matado a Fitzgerald.

—Eso ya...

—Y no por casualidad o error. Lo estaban esperando a él para matarlo. No a usted, pues lo hubiesen hecho antes, mientras llamaba a la puerta de la joyería. Lo esperaban a él. Vamos a ver quién iba en ese coche.

Cuando llegaron allá, Williams y el otro policía habían sacado a un hombre, que tenía hundido el cráneo y el pecho destrozado por el choque contra el volante. Pero, a pesar de su aspecto macabro, ensangrentado, Mike lo reconoció en seguida.

—¡Es el otro...! ¡El que iba con el que maté!

Williams le tendió una billetera a Calder, que la examinó rápidamente.

—Tracy Smith... Seguramente, también está fichado, más o menos por los mismos motivos que Geo Dobbins. Un asesino profesional, desde luego... A ver eso.

El otro policía le tendió a Calder un potente rifle, provisto de silenciador, que había recogido del asiento del coche empotrado en la farola, diciendo:

—Se puede matar un elefante a una milla, con esto.

—Parece que querían asegurarse. Bien... Avisad al Departamento desde el coche. Y que nadie se acerque a este coche, ni al joyero... Señor Marquand, le escucho.

Mike asintió, y explicó a Calder lo que sabía. Cuando terminó su explicación, se quedó mirando al teniente, que parecía profundamente absorto.

—¿No le he convencido?

—Sí, sí —pareció despertar Calder—. Pero si Fitzgerald contrató a estos dos tipos para que matasen a Tony Beeclier, y luego a ese tipo del circo, Denis Merton..., ¿cómo es que este tipo, que es uno de los que él contrató para esos trabajos, estaba aquí para matarlo a él? ¿Le parece lógico?

Mike se quedó pasmado.

—No —admitió—. No, claro.

—Entonces, sabemos ya que James Fitzgerald contrató a Denis Merton para tener la coartada, y fue a asesinar a su esposa. Luego, quiso deshacerse de Merton y de Beecher, y para eso contrató a dos asesinos profesionales. Hasta aquí, bien, comprensible. Pero no me parece comprensible que este tipo, uno de los contratados por Fitzgerald, le estuviese esperando para matarle... ¿Eso no lo sabe usted, señor Marquand?

—No. Y no lo entiendo.

—Yo tampoco. Ya hablaremos más sobre esto, ahora tengo que atender esta diligencia. Hágame un favor, ¿quiere?; quédese aquí quietecito, y no me complique más la vida. Me chinchán los tipos tan presuntuosos y seguros de sí mismo como usted, así que si vuelve a fastidiarme, ni su poderoso padre le saca esta vez del lío. ¿Está claro, señor Marquand?

Calder se dirigió hacia la recién llegada ambulancia, dejando a Mike pensativo... Y a medida que iba pensando, palidecía más y más, y más, y más... De pronto, echó a correr hacia la joyería, entró sin hacer caso a nada ni a nadie, y se abalanzó hacia el teléfono. Mientras marcaba el número, gruesas gotas de sudor se deslizaban por su frente.

—¿...?

—Papá, soy yo otra vez. Escúchame atentamente, porque no lo repetiré, ni voy a escuchar nada de lo que tú me digas. Fíjate bien: no recibas la visita de nadie, absolutamente de nadie y por ningún motivo, ni te acerques a la ventana del despacho, ni, mucho menos, se te ocurra salir al jardín. Sigue sentado ahí, donde estás ahora, delante de Chacopec, hasta que yo llegue. Si no haces lo que te digo, te van a matar.

Colgó, salió corriendo de la joyería, y se dio de; bruces contra Calder, que estaba rojo de ira.

—¡Señor Marquand, le dije...!

—Venga conmigo —dijo con voz crispada Mike—, ¡Pronto! ¡Quieren matar a mi padre...!

Mike Marquand llegó con su deportivo amarillo a la quinta, dejó el coche en la explanada, entre el jardín y la casa, y entró tranquilamente en ésta. Se dirigió directo al despacho de su padre, entró, y contuvo un suspiro al verle sentado ante su mesa, haciendo anotaciones sobre unos documentos.

—Hola, papá.

—Hola —masculló Adam Marquand—. ¿Se puede saber cuál es tu nuevo y divertido juego?

—Lo sabrás muy pronto. Préstame tu chaqueta.

—¿Mi chaqueta...? ¿Para qué?

—Para sonarme —gruñó Mike—. ¡Vamos, dámela! Y sigue sentado ahí... ¿Ha ocurrido algo, alguna novedad?

Adam Marquand soltó un bufido por toda respuesta. Se quitó la chaqueta, y se quedó mirando estupefacto a su hijo cuando éste se la puso a Chacopec, al busto de arcilla colocado sobre el pedestal de mármol.

—¿Qué demonios estás haciendo ahora? —gritó.

Mike contempló críticamente el resultado de su idea. La chaqueta colgaba como si realmente Chacopec tuviese hombros. En cuanto a la estatura total del busto y el pedestal, era muy parecida a la de su padre... Asió la columna, la alzó, y la llevó cerca de la ventana. Luego, se sentó en el suelo, titubeó, y acabó por tenderse cuan largo era, boca abajo, y probó a mover el pedestal deslizándolo por el piso. Podía hacerse. Se puso en pie, descorrió las cortinas que impedían que el sol entrase en exceso en el despacho a aquella hora, y volvió a tenderse en el suelo. Apoyó las manos en la base del pedestal, y comenzó a deslizarlo hacia la ventana. Lo dejó allí, bien visible desde el exterior, se volvió hacia su padre, y le sonrió.

Adam Marquand movió el cabeza, todavía atónito.

—Muchacho, cada día estás más loco. Y mucho me temo que la culpa ha sido mía. Quizá debí casarme de nuevo, y proporcionarte una madre que te atendiese con mano más dura que esas dos hermanas mías tan bobas...

—Vamos, papá —sonrió Mike de nuevo—. Los dos sabemos que tu capacidad de amar murió con mamá.

—¿Qué sabes tú de eso? —palideció Adam—. Eres un golfo que sólo piensa en divertirse, para ti las mujeres son objetos... Sí, eso es, ahora comprendo eso de llamar mujer-objeto a algunas de ellas. Te diviertes, les dices adiós, y ya está. Pero...

—Es exactamente lo que también buscan la mayoría de ellas —dijo Mike—. Pero no te preocupes: me voy a casar muy pronto, y seré un caballero serio y formal. Bueno... Serio, no, porque me gusta reír y

hacer bromas, pero seré formal.

—¿Qué dices? ¿Qué te vas a casar? —Adam Marquand soltó una carcajada—. ¿Y con qué principesca criatura has pensado poblar de principitos este palacio?

—Con una saltimbanqui.

—¿Con una qué? —chilló Adam.

—Con una pelirroja que salta de trapecio en trapecio. Toda su vida ha estado rodando por ahí, haciendo circo. Su hermano es más golfo que yo, un tipo que ha querido hacer chantaje, y que está ahora en el Hospital Central. Le metieron una bala en la barriga. Seguramente, tendrá que cumplir una pequeña condena cuando esté curado... Aunque a lo mejor, nuestros excelentes abogados le sacan en libertad bajo palabra, o algo así.

—Estás como una cabra —aseguró Adam.

—No, papá. Es en serio.

—¿Con una saltimbanqui?

—Sí.

—Escucha bien esto, Mike Percival Marquand: yo no quiero aquí ninguna saltimbanqui, ni hermanos delincuentes. Así que quítate de la cabeza esa idea de traerme aquí a una chica saltarina. Si te gusta a ti, muy bien te quedas con ella... ¡Pero bien lejos de aquí!

—¿A qué llamas tú democracia?

—¡Llamo democracia a lo que me da la gana! —estalló Adam Marquand—. ¡Y estoy hasta las narices de tener un hijo chiflado, que sólo piensa...!

¡Crack!, crujió algo dentro del despacho, sobresaltando a los Marquand, especialmente a Adam, que se puso en pie de un salto y lanzó un grito de dolor al apoyar tan fuertemente el pie en el suelo... Pero, a pesar del dolor, todavía pudo ver el busto de Chacopec saltando en pedazos, y el pedestal de mármol cayendo hacia el centro del despacho, mientras algo rebotaba agudamente contra el suelo, iba a la pared arrancando esquirlas, y desaparecía.

Inmediatamente, afuera se oyeron voces, gritos de aviso, exclamaciones..., y un par de disparos.

Y pocos segundos después, cuando Adam Marquand aún estaba contemplando los restos de Chacopec en el suelo, una voz llegó por la ventana hasta el despacho:

—¡Señor Marquand, lo tenemos!

Mike se puso en pie, se acercó a su padre, y le ayudó a sentarse.

—Era una pequeña trampa que ideamos entre el teniente Calder y yo —dijo—: sabíamos que te iban a disparar, y quisimos que lo hiciesen, precisamente para localizar al asesino. Ahora ya lo tienen... Lo siento por Chacopec, papá. Pero peor habría sido que te dieran a ti, ¿no te parece?

—No entiendo nada —jadeó Adam—. ¡No entiendo nada!

—El teniente vendrá pronto con el asesino. Voy a salirle al encuentro.

Ah —sonrió—: ahora ya puedes hacer lo que quieras.

Salió del despacho, y regresó cuando su padre aún no había conseguido reaccionar. Y todavía quedó más estupefacto al ver al hombrecillo que iba entre su hijo y otro hombre, con el brazo derecho colgando inerte, ensangrentado.

—Señor Nadelman —tartamudeó—. ¿Qué le ha pasado?

—Pues le ha pasado —dijo Mike—, que no ha podido matarte.

—¿A mí? ¿El señor Nadelman?

—Sí, porque eras el único que podía decir, repetir, asegurar, insistir con tu tozudez habitual que el ídolo que yo traje a casa ayer por la mañana era falso. ¿O no lo era?

—Bueno... ¡Demonios, para mí era falso, pero luego se demostró...!

—No, papá. Era falso. Tú tenías razón. Pero el señor Nadelman se pasó de listo. Para solucionar este asunto nuestro que lo estaba complicando todo, se quedó el ídolo falso cuando estuve antes en la joyería, y me dio el verdadero. Así, creía que los Marquand quedábamos apartados del caso. Pero luego reflexionó, y pensó que un tipo tan cabezota como Adam Marquand, podía insistir, buscarle tres mil pies al gato... Así que decidió matarte. Mientras tanto, envió a un tal Tracy Smith a matar a James Fitzgerald, y así, muerto Fitzgerald, no podría acusarle de nada. Y muerto tú, nadie podría tirar de la manta insistiendo en que había tenido un ídolo falso en las manos y que luego le habían traído el verdadero. ¿Verdad, señor Nadelman?

—Ojalá se muera —jadeó Arthur Nadelman.

—Hay para tiempo —aseguró Mike—. ¿Y sabes cómo me di cuenta de la verdad, papá?

—¿Cómo? ¿De qué verdad?

—Pues me di cuenta porque yo tengo confianza en ti. Me dije: si mi padre dijo que Chacopec era falso, es que era falso. Y si antes era falso, y luego es verdadero, auténtico, y sólo lo hemos tocado el señor Nadelman y yo..., ¿quién sino el señor Nadelman ha podido dar el cambiazó? Y luego, eso de que el asesino profesional matase a James Fitzgerald... Claro: Fitzgerald y Nadelman eran cómplices, y Nadelman sabía lo de esos dos hombres. Primero mataron a Tony Beecher, luego quisieron matar a Denis Merton, pero aquí fallaron. El asesino que quedó vivo se puso en contacto con Nadelman y con Fitzgerald. «¿Qué hago?», les preguntó. Debieron decirle que esperase escondido. Luego, Nadelman, comprendiendo que yo estaba tras Fitzgerald, y que iba a descubrirlo, ordenó al asesino Tracy Smith que lo eliminase. Pero quedaba el asunto de Chacopec, por medio del cual, y de tu tozudez, se podía llegar a la conclusión de que la joyería Fitzgerald & Beecher manejaba obras artísticas falsas. Así que había

que mataros a los dos. Y como Fitzgerald ya había asesinado a su esposa, y los dos asesinos a Beecher, al final, el señor Nadelman, tan ricamente, se iba a quedar con todo el negocio de la Fitzgerald & Beecher..., y seguiría haciendo obras falsas con su gran talento de orfebre... ¿Verdad, señor Nadelman?

—Sí —murmuró éste.

—Entonces, ¿todo es cierto? —le miró fijamente Calder.

—Sí. El plan inicial era matar solamente a Alice Fitzgerald, porque ella se había dado cuenta de que su marido y yo hacíamos imitaciones que vendíamos como originales a gente de mucho dinero, pero pocos conocimientos artísticos. Pero, después de reflexionar sobre la muerte de Alice Fitzgerald, Beecher comenzó a hacer preguntas, y a meter sus narices por todas partes... Así que decidimos eliminarle, y, puesto que la policía había descubierto que Alice había sido asesinada, lo arreglamos para que pareciese que Beecher había escapado, con lo cual quedaba como culpable.

—Yo no entiendo nada —barbotó Adam Marquand.

—Bueno —sonrió Mike—, por lo menos entiendes de objetos artísticos incayas. ¿De quién fue la idea de las falsificaciones, señor Nadelman?

—De los dos... De Fitzgerald y mía. Nos habíamos conocido mucho tiempo antes, en Sudamérica. Los dos vivíamos... como podíamos. Luego nos separamos, y él tuvo mucha más suerte que yo, al casarse con Alice. Un día le vi, por Tampa... Él simuló que no me conocía, pero le... convencí de que era mejor darme un buen empleo que permitirme ir a visitar a su mujer y contarle muchas cosas... Era un sinvergüenza.

—¿Y usted qué es?

Arthur Nadelman alzó la barbilla.

—También. Pero al menos, tengo talento, soy un artista. Y lo he estado demostrando años... ¡Si la maldita Alice no se hubiese dado cuenta de que algo raro estaba pasando con todo esto de las falsificaciones...! Debió oírnos a James y a mí alguna vez, durante una de mis visitas... Sí, debió ser eso. El último día de su vida amenazó a James con decírselo todo a Beecher, y éste se lo diría a la policía... Había que matarla, ¿verdad?

Nadie contestó. Todos miraban fijamente a Arthur Nadelman, que se pasó la lengua por los labios, entornó los ojos, e insistió.

—¿Ustedes no habrían hecho lo mismo?

El silencio en torno a Nadelman era glacial. Por fin, el teniente Calder soltó un gruñido, y le empujó.

—Camine —dijo con voz aguda—. Y vaya pensando si ésa será la pregunta que hará al jurado que tenga que decidir sobre su destino.

Los Marquand quedaron solos, silenciosos. Mike recogió algunos trozos de Chacopec, haciendo intención de recomponer la figura, pero

tuvo que desistir.

—Bueno —dijo, mirando a su padre—, siempre puedes encargar otra como ésta, papá. Es sólo barro.

—De modo —murmuró Adam Marquand—, que si no hubiese sido por ti..., ¿realmente me habría matado Nadelman?

—Por lo menos, éstas eran sus intenciones.

—Entonces —Adam Marquand miró los restos de la figura de arcilla en manos de su hijo, sonrió, se llevó una mano a la boca, y dijo—: Chacopec: ¡prrrtttt!

* * *

—Ya son las cinco —dijo tía Sally—. Y dijeron que vendrían a las cinco, ¿verdad?

—Sí, eso dijo Mike —apoyó tía Polly—. Y me extraña este retraso en él, porque siempre es muy puntual.

Adam Marquand, de punta en blanco, miró su reloj, y soltó un refunfuño.

—Una saltimbanqui —rezongó—. ¿Para qué demonios quiero yo conocer a una saltimbanqui que tiene un hermano chantajista?

—Si a Mike le gusta, debe ser una criatura adorable, ya lo verás —dijo tía Polly.

—Oh, sin la menor duda, querido, ya verás —dijo tía Sally—. Mike siempre ha tenido muy buen gusto para eso... ¿No oís? Parece que llega un coche...

—Deben ser ellos —dijo tía Polly—. ¡Ya me extrañaba a mí que Mike no fuese puntual! ¡Es tan guapo...!

—¿Y qué tiene que ver eso con la puntualidad? —la miró atónito Adam.

—Oh, no sé... ¡Pero es tan guapo...!

—Aquí, en esta casa, todo el mundo está chiflado —gruñó Adam—. Menos yo, naturalmente. Va a venir una saltimbanqui, y todos nos ponemos de mil botones, nos emperifollamos, abrimos el salón grande, ponemos flores, el té... ¡Estáis todos chiflados!

—Pom, pom —se oyó la voz de Mike, después de dos golpecitos en la puerta—. ¿Se puede?

—¡Adelante! —casi rugió Adam.

La puerta se abrió..., y los venerables y respetables miembros mayores de la familia Marquand se quedaron primero petrificados de asombro, y luego estuvieron a punto de desmayarse del susto, de la sorpresa...

Desde luego, la pelirroja que entró en primer lugar, vestida con unas negras mallas de trapecionista, era sencillamente maravillosa, con aquellos ojos tan grandes, los cabellos rojos... Todo su rostro estaba rojo, sofocado... Era tan hermosa, de aspecto tan dulce, que Adam Marquand se habría quedado con la baba colgando de no haber tenido

que prestar atención, forzosamente, al acompañante de la bellísima muchacha.

Era un payaso.

Un payaso gigantesco, con unos zapatos enormes, metido en un traje horrendo de colores que le convertía en una especie de globo con tres botones grandiosos. Llevaba un sombrero minúsculo, la cara pintada estrepitosamente, una corbata que le llegaba hasta los pies, y, del bolsillo de lo que debía ser el chaleco, colgaba, por medio de una gruesa cadena, un reloj del tamaño de una cabeza. En la mano derecha llevaba una corneta, que hizo sonar, y luego dijo:

—¡Tatatatíiii...! ¡La reina y el payaso ya están aquí!

—¡Mike! —exclamaron a la vez tía Sally y tía Polly.

—Hola, tía Polly; hola, tía Sally; hola, papá —saludó el payaso—. Leticia y yo venimos a despedirnos.

Adam Marquand, que se sentía enrojecer de furia, palideció de pronto.

—¿Cómo, despediros? —gritó.

—Bueno, como tú no quieres saltimbanquis ni payasos en la familia... ¿Qué te parece mi novia? Es guapa, ¿eh? La he hecho venir vestida así para que te dieras cuenta de ello, y además, para que veas cómo vamos a ir ella y yo por esos mundos, con el circo... ¡Tatatíiiii!

—¡Qué guapa es! —exclamó tía Sally.

—¡Es preciosa! —aseguró tía Polly.

—De acuerdo —masculló Adam—: es preciosa. ¿Y qué más?

—Pues, papá, es buena, es lista, es honrada, sabe tratar con las personas, y por último, a mí me parece la chica más estupenda del condado. Y además, ¡caramba, no voy a dejarla a mitad del curso!

—¿De qué curso?

—Un curso de besos que tenemos en marcha, y en el que trabajamos mucho. Bueno, adiós a todos, adiós...

—¡Nadie ha dicho que tengáis que marcharos por esos mundos! —tronó Adam Marquand.

—Entonces, ¿nos quedamos?

—¡Está bien, quedaros! ¡Pero a mí no me vengas con más payasadas como ésta!

—Ha sido la última, papá —aseguró seriamente Mike, de pronto—. Sabía que aceptarías a Leticia, porque no eres tonto, y porque me quieres casi tanto como tía Sally y tía Polly. Y para no ser menos, te diré lo que he pensado hacer: dejaré de hacer el loco por ahí, seré formal, y trabajaré contigo en los astilleros, para... ¡Papá! ¡Papá, ¿qué te pasa?!

Adam Marquand no pudo contestar: se había desmayado

Índice

PRELUDIO	
CAPÍTULO PRIMERO	
CAPÍTULO II	
CAPÍTULO III	
CAPÍTULO IV	
CAPÍTULO V	
CAPÍTULO VI	
CAPÍTULO VII	
CAPÍTULO VIII	
CAPÍTULO IX	
CAPÍTULO X	
CAPÍTULO XI	
CAPÍTULO XII	
CAPÍTULO XIII	
CAPÍTULO XIV	
ESTE ES EL FINAL	